



Luna Lena





*Nace Alhamar en Arjona*

*Su casa — su familia — su condición — su tío Yahyah*

*Se proclama rey de Arjona con el nombre de Mahommed I*

*Adalid*

*Toma de Jaén — Aben-Hud*

*Sitio de Martos — Treguas con San Fernando*

*Torneo caballeresco — Rey de Granada*

*Conquista el Rey castellano a Arjona*

*Vasallaje de Alhamar y entrega de Jaén*

*Ayuda a San Fernando en la conquista de Sevilla*

*Muere San Fernando y se proclama D. Alfonso X*

*Guerras y treguas*

*Los walis rebeldes*

*Muere Alhamar en camino para la batalla*

*Mahommed I - Gobernante*

*Su reino — su Gobierno — su semblanza*

*Mahommed II*

*Adalid y gobernante*

*Mahommed III*

*Adalid y gobernante*

*Nazar I*





# LOS REYES NAZARITAS DE ARJONA

(CONTINUACION)

## — LUNA LLENA —

Por SANTIAGO DE MORALES  
Consejero de número del Instituto de  
Estudios Giennenses

*Luna llena el 19*

Amanece con oros y carmines el día 19 de julio de 1195 cristiano (9 miércoles de Xaban de la Hegíra 591). Es el gran día en que las armas del Islam van a alcanzar su último triunfo importante (\*).

Mahommed-ben-Yucub, de la dinastía de los almohades, con sus aguerridos ejércitos traídos de Africa, a banderas desplegadas intenta la reconquista de España y sueña con adelantar sus peones y agrandar su imperio con todas las tierras, no sólo de Iberia sino de Europa. Nada parece detenerle y ese día memorable parece confirmar sus ambiciones.

«Llegó el Rey —don Alfonso VIII— con su gente al castillo de Alarcos y estando ocupado en fortalecer el castillo, llegó el ejército contrario. El rey don Alfonso, aperciendo el suyo después de ordenado sus escuadrones, presentó la batalla al enemigo. Y acometiéndose los dos ejércitos, cuenta la General Historia, que entró en la batalla el rey don Alfonso a guisa de muy esforzado y valiente príncipe y fué reñida la lid de ambas partes. Mas no quiso Dios que los cristianos sa-

---

(\*) Sobre la batalla de Alarcos, véase Ibn Jaldun, Ibn Jallikan, Ibn al-Atir, Ibn Abi Zarc, Anónimo de Copenhague trad. de Huici, Anales Toledanos, las crónicas del reinado de D. Alfonso VIII, Ebn Abdelhalim 1. c. y la crónica del arzobispo D. Rodrigo.

liesen allí honrados... y así fueron vencidos y malandantes, y murieron allí muchos y principales caballeros. Y el rey salió herido y quebrantado y sacáronle sus vasallos por fuerza de la batalla; que él más quisiera morir peleando en ella si lo dejaran, que verse vencido (1)».

Triunfan los árabes y sus pendones blancos ondearon victoriosos entre las exclamaciones de los africanos, cuyos gritos de júbilo resonaron por todas las tierras ensangrentadas de Alarcos.

Y gritos de júbilo respondieron a este general clamor en Arjona. Pero estos no fueron por la victoria, todavía desconocida, y que más tarde había de cristalizar en la erección de la Giralda sevillana, sino porque allá en los terrenos del Alcázar arjonero, en su hogar (2) había nacido un nuevo niño, hijo de Yusuf y de Fátima; él, descendiente de la noble familia de los Nasr y ella, hija de Abul-Hasan y Aly-ebn Mohammad at-tochibi, conocido por Axkilyola (3) y como si la victoria árabe le ungiera, había de ser fundador de una dinastía de reyes que, durante dos siglos y medio había de gobernar tierras andaluzas y serían los últimos monarcas que prolongaran el dominio árabe, retrasando la unidad española.

Los árabes propensos a la fantasía, señalan en este nacimiento caracteres proféticos. Aseguran que la noche anterior a la batalla de Alarcos y nacimiento de Alhamar, apareció en el cielo un ángel, montado en caballo blanco, tremolando una bandera en la que se leía *Wa le galib ila Alá*; lema que puso Al-Mansur en sus banderas y que luego grabaría Alhamar, como mote, en su escudo de armas. Los astrólogos —nos dice Lafuente— auguraban a Alhamar un horóscopo muy favorable, por haber nacido el mismo día de la batalla de Alarcos y por los pronósticos de un santón que le anunció en la cuna, gloriosa carrera (4).

Donde no hay contradicción alguna entre todos los historiadores, es en el lugar de su nacimiento: en Arjona (Archuna) tanto los cristianos como los árabes.

«Yo he nacido en Arjona, en esta tierra  
aprendí a manejar caballo y maza.  
Aquí he vestido mi primer coraza,  
aquí he lidiado mi primera guerra» (5).

Zorrilla también nos habla de ello en sonoros versos:

«Nació Alhamar y sonrió el destino  
contemplándole amigo .....

.....

Del ángel que custodia su persona  
bajo las alas de perfume llenas;  
Dió sus primeros pasos en Arjona,  
sobre el tapiz fragante de azucenas,  
que dan al pueblo natural corona,  
sus vegas en redor ciñendo amenas».

«Mohamed (Alhamar) nació en 591 en Arjona, comarca de Córdoba» (6).

«Tuvo Nasr, Dios se apiada de él, dos hijos: Yusuf y Mohammad, en Arjona su patria... Yusuf, uno de los hermanos tuvo cuatro hijos varones: primero, Mohammad, amir del Andalus y el primero de sus reyes» (7).

«Este Mohammad fué amir de los muslines, primer de los Benn Nasr. Fué su nacimiento a fines del año 591. Se le proclamó en Arjona su patria» (8).

«...Tomaron por rey a Alhamar que era de Arjona» (9).

«Abenhalamar, rey de Arjona, que era della natural» (10).

«Había nacido en la villa de Arjona un valiente moro, llamado comúnmente Aben-Alhamar» (11).

«Se apoderó de todas sus ciudades y fortalezas un moro, natural de Arjona llamado Mahomad» (12).

«Aben-Alhamar perdió Arjona, donde era natural» (13).

De escritores más modernos, elegimos al azar:

«Mahommed ben Yusuf, Alahmar el Rojo, natural de Arjona» (14).

«Era Benalhamar, que se llamaba rey de Arjona, no tanto porque fuese su rey, quanto por natural de aquel lugar» (15).

«Mahomad Abu-Said, primer rey de Granada..., fué natural de Arjona» (16).

«En esta (Arjona) nobilísima villa, nació Alhamar» (17).

«Natural de esta población (Arjona) fué Alhamar el de Arjona» (18).

«Mohammad Aben-Alhamar vecino y natural de la villa de Arjona» (19).

«Alhamar (el bermejo) era hijo... de Arjona» (20).

«Abu Alahmar nació en Arjona» (21).

«Establecióse esta familia en Archuna; hoy Arjona. En aquel pueblo Mahommed, o sea Nasr, tuvo entre otros hijos, uno llamado Yusuf, y este Mahommed Ebn Yusuf Ebn Nars, llamado también Alhamar; que nació a fines del año 591 (1195) haciéndose proclamar emir de Arjona, su patria» (22).

«...Congregó muy lucida hueste en Arjona, confirió el mando del ejército a su sobrino Alhamar, natural de aquella villa» (23).

«Habitaba a la sazón una ilustre familia; ...sus individuos se distinguían con el epíteto de Alhamar» (24).

«Mahommed Alhamar, generoso joven nacido en Arjona» (25).

«The Beni-Nasr were originally from Arjúnah (Arjona)» (26).

«El Ahmar el Rojo... nació en Arjona» (27).

«Era Mohammed natural de Arjona y sobrino de un Nasar» (28).

«Se declaró independiente en Arjona, su patria el célebre Mohammed ben Alhamar» (29).

«Ben Alhamar de Arjona» (30).

«Se levantó en Arjona, donde residía, el fundador de la dinastía nazari, Mohamed ben Yusuf ben Nasar» (31).

El sitio en que nació Alhamar parece determinarse en el solar que hoy ocupa el actual hospital de San Miguel y quizás unido a los solares de las casas inmediatas.

La tradición así parece confirmarlo por escrituras antiguas, planos y actas del Concejo, en los que se habla de la «casa del rey», y ello nos hace creer que sea la de los Alhamares. En primer lugar y como razón suprema, porque son los únicos reyes (padre e hijo), que se tenga noticia que hayan nacido en Arjona y vivido en la misma hasta la conquista por San Fernando «pasando el rey Fernando cerca de Arjona, fué avisado que estaba dentro un moro llamado Alhamar».

Según cuenta Alchazomi (32) «habitaba a la sazón en Arjona, una ilustre familia..., sus individuos se distinguían con el epíteto de Alhamar». Según estas crónicas árabes, unos antepasados de Alhamar vinieron a España (se habla de dos hermanos) uno de ellos se estableció en tierras de Tekeruna (Ronda) y el otro en una alquería (aldea) cercana a Zaragoza. Al ser conquistada esta ciudad en 1118, por don Alonso I de Aragón, la familia de Zaragoza vino a establecerse en Arjona, na-



ciendo en ella sus descendientes (33). Es decir, desde 1118 hasta 1244 por lo menos, en que fué tomada Arjona por el ejército cristiano. Al vivir todas estas generaciones en este lugar es lógico que tuviesen casa, y repetimos, esta casa se la denominaba «casa del rey».

En la relación del Dr. Ramírez en carta fechada en Arjona a 27 de mayo de 1629 (34), se dice al hablar de las torres del Alcázar «que hay una que se llama de la paloma; hace unos arcos muy antiguos a las espaldas y se dice el sitio la *casa del Rei*». En el memorial de descubrimiento (1642) de Reliquias de aquella ciudad, en la declaración de un testigo (35), también habla de encontrarse «junto a la *casa del rei*, frontero a la torre mocha».

Y en un plano existente en Arjona, que aquí reproducimos en parte, atribuido quizás a Martín Jimena Jurado, se señala la *casa del Rey*, quedando a sus espaldas la puerta de la Morería.

Y en diversas actas del concejo de 20 de junio de 1863; 27 de mayo 1865 y enero de 1866, se dice: «Se autoriza al señor Presidente para que otorgue la escritura de adquisición de la *casa del Rey*» (36).

«Se había escrito por el Sr. Presidente, al Sr. D. José Pérez de Herrasti, para que autorizara persona para verificar la escritura del contrato de venta, en favor de este Ayuntamiento de la *casa, nombrada del Rey*, situada en la plaza de Santa María, para destinarla al hospital de esta villa.

«Se anunció por el presidente, está para terminarse la obra de la *casa del Rey*».

Cierto que por la Crónica sabemos que San Fernando eligió a Arjona, en sus correrías por Andalucía, para su cuartel general por ser «lugar fuerte y principal» y en Arjona estuvieron también don Alfonso X, Sancho IV y don Enrique de Trastámara, desde donde este último extendiera y formara la carta de honores y privilegios «Por hacer bien e merced al Concejo e vecinos e moradores de la nuestra villa de Arjona» (37). Pero si en Arjona estuvieron fué de paso, y posiblemente se alojarían en el Castillo, por ser el lugar fortificado; no creyendo que estas estancias rápidas pudieran merecer el bautizar con el título de propiedad a una casa. Por lo que nos afirmamos en que la referida casa del Rey se refiere a la que habitaron los ascendientes y descendientes del rey Alhamar.

Por cierto que, según la relación antes dicha del Pleito de Reliquias, un testigo señala el lugar al parecer correspondiente a esta casa del rey, como «casa del Duque de Arjona, muy cercana a la iglesia de Santa María».

Cercana a Santa María está la casa de Alhamar, a un lado y el castillo al otro. Ningún testigo, ni referencia apea el tratamiento al castillo para convertirlo en simple casa. Con lo que parece deducirse que esta casa abandonada por Alhamar y los suyos, por ser espaciosa y bien decorada, verdadero palacio de entonces, la tomó para sí el duque de Arjona, para hacerla su mansión (38).

De esta casa, como confirmación a lo dicho, existe en el Museo Arqueológico de la Alhambra de Granada un trozo de yesería con decoración de alharaca, donada precisamente por sus últimos poseedores los señores Contreras, Pérez de Herrasti, con lo que parece indicar que hasta la fecha en que fué obrada por el Ayuntamiento, esta casa conservaba la decoración árabe.

Noble, según los cronistas árabes, era Alhamar. Procedía de Saad ebn Obada, abn Haretsa ebn Hazima, ebn Tsualaba ebn Tarif, quien fué jefe de la tribu de Jazrech y uno de los *ansares*, o sea, de los protectores de Mahoma durante su huida de la Meca a Medina. Desde entonces se contó en el número de los más ardientes y decididos partidarios del islamismo y del Profeta, quien tuvo en gran aprecio y se valió de sus consejos en muchas ocasiones. Según los autores árabes, prolijos en referir anécdotas, era muy dado a los placeres de la mesa y solía regalar diariamente a Mahoma ciertos manjares delicadamente condimentados. Murió el año 15 de la Hegira, dejando varios hijos; de los cuales el más célebre fué Cais, nombrado gobernador de Egipto por el califa Aly, cuyo empleo perdió al poco tiempo. Muerto Aly siguió el partido de su hijo Abul-Hasan, en contra de Moawía, hasta que fué reconocido califa; en cuyo término volvió a Medina, donde murió el año 59. De este personaje se preciaban descender los reyes de Granada (39).

Alchozomi, dice de esta familia de Alhamar «que tanto por sus riquezas como por la nobleza de su estirpe, señalábase entre las más poderosas y respetadas de Andalucía». Y Abnul-Sathib, afirma que «Yusuf y Mohammad, en Arjona su patria, fueron los más poderosos jefes de aquella época; y asegura que Alhamar heredó de sus padres extensos dominios que cultivaba con sus propias manos». Esta afirmación

árabe sí llegó a conocimiento del arzobispo don Rodrigo, o quizás por el desprecio que le inspiraban los moros como enemigos, le hizo escribir en su crónica «...involuit arabs quidam dictus Mahomet Abenalgar, qui paulo ante boum et aratro sequebatur» (40); es decir, que según este autor, Alhamar seguía las huellas de la yunta del arado; la «General Estoria» repite lo mismo «et entonces se apoderó de la tierra un alarve que dizien Mahomad Avenalahamar que poco antes era quintero, que non avie otro mester sinon seguir los bueys et el arado, et fue dalli adelante sennor de Ariona, et de Jahen et de Granada, et de Accio, esto es, de Ecija» y tomando literalmente este aserto Argote le hace «pobre pastor» y Lafuente (41) siguiendo los mismos pasos lo convierte en hijo de labradores o carreteros de Arjona.

Es de todo punto imposible concordar que un simple gañán, pastor o carretero, falto de conocimientos y de educación, puede llegar, como dice Pi y Margall «a trocar la esteva por la lanza y poco después el campo por el trono».

Por lo tanto, hay que atenerse a la nobleza declarada por los autores árabes, más conocedores de la genealogía de este príncipe y tomar las crónicas cristianas, no literalmente, sino en sentido figurado, siguiendo al Jathib, es decir, rico propietario de extensos dominios, que como buen agricultor, dirigía y administraba personalmente su hacienda sin caer en trabajos bajos serviles.

La genealogía por parte de Alhamar es la siguiente:

Al-Jazrechi (de la tribu de Jazrech)

I

Abada (aláusari o ayudador de Mahoma)

I

Saad

I

Cais

I

¿...?

I

Nasr

I





Trozo de yesería procedente de Arjona del siglo XIII de la casa que ocupó Alhamar, existe en el Museo Arqueológico de Granada.



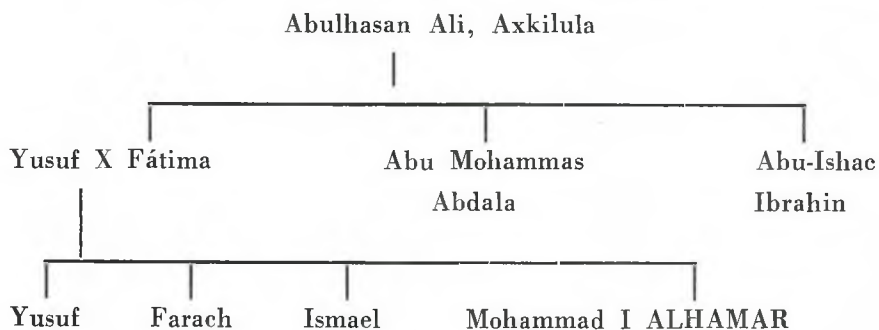


Ali-Axkilula ayudó en el alzamiento a Alhamar. Este tuvo dos hijos: Abu-Mohammad Abdallah y Abu Ishac Ibrahin, los cuales ayudaron a su sobrino, especialmente el primero, en Murcia al establecimiento de su poderío...

Asentado después en el solio granadino Alhazar, Málaga se declaró por el Nazarita, y éste nombró wali de ella a su deudo Abulwalid ben Abulhachach ben Nazr, muerto éste, invistió con aquel gobierno a Abu-Mohammad Axkilula extendiendo su dominio a la Garbia o parte oriental y más rica de este territorio.

Abulhasan fué nombrado también gobernador de Guadix y Abu-Ishac de Comares, reuniendo este último el waliato de Guadix a la muerte de su padre».

El cuadro genealógico se puede establecer en la siguiente forma:



De los primeros años de Alhamar no existe noticia alguna salvo la existencia de sus hermanos.

«Tuvo Mohammad Abu Yusuf, dos hijos Yusuf y Mohammad. De estos dos, Yusuf tuvo cuatro Mohammad, Ismail, Farach y Yusuf: cuya madre fue Fátima, hija de Abul-hasán Ali Abu Mahammad Attochibi, conocido por Axkilula.

De éstos Mohammad fue el Amir de los muslines, primer rey de los Benú-Nasr en la península española (44)».

Ismail —según el Jathib— «que era uno de los cuatro hermanos, hijos de Yusuf, fue llamado hermano del Amir de los muslines. Se estableció en Málaga por mandato de su hermano y tuvo primero a Farach y segundo a Mohammad. De éstos, Farach le sucedió en el señorío de Málaga; fué denominado el arráez Abu-Said; y a su hijo pasó la corona de Granada».

Como se verá hay manifiesta confusión en la presente reseña con relación a la anterior de los Axkilulas; la repetición e igualdad de nombres hacen difícil deslindar la verdad.

Nosotros nos atenemos en este caso al cuadro genealógico que tomamos de Lafuente insertado en su lugar.

Nada dicen los cronistas árabes de la existencia de una hermana de Alhamar, que menciona Ballesteros en su Historia de España y que la casa con Abu Ishac Ibrahim, en agradecimiento de la ayuda prestada por éste a Alhamar.

Según la cita, que dicho autor hace, proviene de Guillén de Robles en su «Málaga Musulmana», sin embargo, este autor no menciona tal hermana.

Por los historiadores se sabe que, para Alhamar, «sus padres no omitieron gasto alguno con el objeto de educarlo para el elevado rango que la grandeza y dignidad de su familia le obligaba a ocupar».

«Cuando llegó a la edad viril fué nombrado alcaide de Arjona y de Jaén, alcanzando gran popularidad por su bondad y justicia (45)».

«Poseía mucha gracia en sus modales, mayor amenidad en su conversación, exquisita sagacidad en el trato común, admirable discreción en los consejos, probado valor en las batallas, gentileza sin par en los torneos; viejos y jóvenes, doncellas y matronas, moros y cristianos le comparaban con el modelo de caballeros árabes, con Almanzor el Grande». (46).

«Era muy rico y estimado de los moros» (47).

«Generoso joven...» (48).

«Fué hombre atrevido y astuto» (49).

«Distinguióse desde su juventud por su amor a las grandes empresas, llegó por su valor a inspirar temor y respeto, por su prudencia, su frugalidad, su dulzura y su austeridad de costumbres a captarse la estimación general» (50).

«Era virtuoso y prudente como un anciano, valiente y diestro caudillo como el famoso Almanzor». (51).

«Reunía según todos los historiadores musulmanes, prendas eminentes; en guerra era tan esforzado y fiero con los combatientes, como generoso con los vencidos; en paz, un rey para sus enemigos y un padre para su pueblo. Verdadero creyente del Profeta, no olvidaba sus



deberes religiosos ni en la embriaguez de la victoria, verdadero genio político de su época...; más noble aún de corazón que de linaje, no reconocía necesidad que no atendiese, ni sufrimiento que no aliviase...; procuró constantemente mejorar el bienestar de sus vasallos. Si manifestó esplendidez fué para el mayor prestigio de su trono, no para sí; que se presentó siempre parco, no sólo en el traje y en la mesa, sino en su harén... Quería ser más el servidor que el tirano de su pueblo» (52).

«Ad illius mores quod attinet vir erat domi militiae que plane admirabilis: miles enim egregius plenusque animi et roboris semper est habitus; otii inimicus et sui commodi non studiosus; cultu perparcus et frugalissimus princeps; in acie expertus simulque temporum callidus, aspectu etiam et autoritate verendus, expeditissimus dux atque magnus discriminum contemptor. Uxores non nisi genere pares sibi adjunxit domesticorum commodis consulebat atque regia rectigalia pari cum moderatione exigebat. Praeliis ipsemet interfuit quae historici fuse lateque prosequuntur. Veste vulgari indutus in ocreis incedebat suarum in ocreis incedebat, suarum rerum ita satagebat ut labori nulli paereret» (53).

Poco como se ve, se habla en los libros árabes de su fisonomía y persona física; aparte de conocerle por Alhamar, el Rojo, sin duda por el color de su pelo. Aunque este denominativo, según Alchozomi «se extendía a todos los individuos de esta familia, y no era peculiar de Mohammed I, fundador de la monarquía, como algunos pretenden». Mármol (54) contradijo ya este error.

Sin embargo, tenemos en la Sala de los Reyes de la Alhambra unos retratos de los mismos, que aunque completamente imaginarios, nos muestran cómo entendían que debió de ser Alhamar. Y decimos imaginarios, porque dichas pinturas, hechas en cuero y decorando unos techos de unas salas que dan al llamado patio de los leones, fueron, según las indumentarias de los personajes de las pinturas laterales, hechas en tiempo de Mohammed V; a quien se atribuye, según las inscripciones árabes, estas estancias, y como es natural, el artista que trazara estas pinturas podía copiar más o menos fielmente, quizás a Mohammed IV, a Yusuf I y a Mohammed V; pero no a Alhamar, muerto cerca de un siglo antes.

Aunque modernamente se denominan estas salas de Justicia, no concuerda el nombre con la realidad.

En primer lugar, tenemos la Puerta de la Justicia, que se conserva como entrada; después existía el Mexuar, departamento en que se reunían los consejeros del rey y se celebraban las audiencias públicas. Mármol lo señala: «A la entrada deste palacio (el de Comares), está un pequeño patio con una pila baja a usanza africana, muy grande y de una pieza labrada a manera de venera; y de un cabo a otro dos saletas labradas de diversos matices de oro y de lazos y azulejos, donde el rey juntaba a concejo y daba audiencia...» Y según Valladar, parece que este departamento corresponde al lugar de la llamada capilla; por ciertos papeles en que se nombra a este sitio «capilla del Mexuar». Pues bien, si se tenía este departamento para estos usos de audiencia, ¿para qué llevar ésta a otros lugares de palacio? Además, el detalle de la puerta estrecha y pequeña, que comunica los dos cuerpos de palacio, el de Comares y Patio de los leones, parece indicar claramente la intimidad de esta parte de la Alhambra; compaginándose mal, si fuese entrada a la sala de los tribunales y salones públicos. Lalaing (55), al referirse a esta sala (hoy de justicia) dice: «que solía en ella acostarse el rey moro para estar más fresco y tenía su cama en un extremo de la sala y la de la reina en otro».

Desde los tiempos en que de ellas se tiene noticia, se han llamado siempre sala de los reyes; sustituyendo este nombre por el otro, según Valladares (56), cuando muy recientemente los académicos levantaron los planos de la Alhambra; pues según los papeles antiguos del archivo, se designa siempre por sala de los reyes. Y así lo entiende también Argote de Molina, cuando escribe sobre las armas de Alhamar «como hoy se ven en el palacio real de la Alhambra, en el cuarto de los reyes moros».

Hurtado de Mendoza (57) al escribir sobre la Alhambra y al hablar de esta sala, aposento real, dice «que después (de Alhamar) acrecentaron diez reyes sucesores suyos, cuyos retratos se ven en una sala, algunos dellos conocidos en nuestro tiempo por los ancianos de la tierra».

Lalaing en la dicha Relación del Viaje de Felipe el Hermoso, opina

que las diez figuras de personajes moros representados en la pintura del techo central, «son al vivo todos los reyes de Granada, desde largo tiempo».

Lafuente Alcántara refiere: que un erudito en 1764 (58), decía «ganóse Granada el lunes 2 de enero de 1492, y habiendo entrado en ella los señores Reyes Católicos, se fueron a la Alhambra y en la Sala de los Reyes se dijo la primera misa».

Fernando Guerra, en contestación al discurso de entrada de su hermano Luis en la Academia española decía: «Si no fuese un hecho histórico y artístico evidente el que tales personajes representan los diez primeros reyes granadinos nazaritas; puesto fuera de duda por el testimonio del diligente y veraz Argote de Molina, por el gran Diego Hurtado de Mendoza, hijo del Conde de Tendilla, primer alcaide de la real fortaleza de la Alhambra, y por Pulgar, soldado y cronista de Fernando V e Isabel I, a cuyo lado se halló en el día que pisa vencedora esta reina el palacio de Boabdil, tendría suficiente la crítica juiciosa con ver los escudos de armas que explican y autorizan el cuadro. Muéstrase la banda bermeja en campo de oro y bien se sabe que tales blasones pertenecen al linaje y dinastía de Alhamar, que dió veinte y un príncipes al solio de Granada. Retratos de todos ellos debió de haber en tan importante galería, supuesto que allí el Rey Católico hizo añadir el suyo».

Oliver, mantiene también la opinión de que «los diez moros de la pintura son diez Alhamares».

Pi y Margall al describir esta sala, dice: «Lleva la cúpula del alhamí central en los extremos del eje de su elipse, el escudo de Alhamar, la barra diagonal sobre campo de gules metida en la boca de dos fieros cocodrilos. Alrededor, sobre fondo oro, diez figuras de tamaño natural sentadas todas en ricos almohadones, con la barba crecida, cubierta la cabeza de almaizar y toca, metido el pie en agudos borseguies, pendiente la espada de un tahalí, ya negro, ya encarnado, pintada la vaina, dorados pomo y anillos, grave la faz, apoyada la mano en el alfanje. Parecen todos reyes y reyes de Granada: sus trajes, sus escudos, la forma de la espada, todo los presenta como sucesores de Alhamar; ese príncipe que no sólo fundó la dinastía, sino también el palacio en que ésta vivió; este alcázar de la Alhambra».

Mayer (59), escribe: «El compartimento central del techo muestra diez príncipes moros sentados, suponiéndose pues, que los diez primeros sean príncipes de la dinastía de Beni Nazar» y también es de la misma opinión el marqués de Lozoya (60). Pijuan (61) dice: «que representa la asamblea de los diez primeros monarcas nazaritas, sentados en cónclave en la Gloria». Aguilar (62), opina lo propio y Valladar (63), resume, «que partiendo de la noticia de Lalaing, parece probable que esas figuras representen diez reyes nazaritas».

Disienten de esta general opinión Pérez Bayer, que afirma «que la pintura representa el juicio contra la Reina mora acusada falsamente de adulterio» y Rafael Contreras (64), por creer que «los colores de sus trajes no coinciden con los distintivos que en su blasón adoptaron, ni con los trajes negros con franjas rojas que usaron los primeros sultanes, ni los bermejos con franjas negras que por regla general son usados por las dinastías reinantes abdasidas».

La objeción peca de pueril; los detalles anacrónicos en pintura en pasadas épocas es tan corriente, como para convertir, sin escándalo, a los actores del drama de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo en personajes de los siglos XV y XVI.

Ahora lo verdaderamente difícil de determinar es, sentado que los reyes sean los diez primeros nazaritas, quien pueda ser Alhamar.

Lafuente nos dice que «para que se conozca el fundamento conque Mendoza y Argote escribieron, obsérvese que el primer moro es bermejo o rubio, según retratan a Mohammad I o Alhamar».

Oliver cree que los reyes están representados por este orden: «La figura del centro, con túnica verde es Mohammad I (o Alhamar, fundador de la monarquía nazarita), el de la derecha Mohammad II y el de su izquierda Mohammad III; al costado derecho del segundo, el cuarto rey Abul-Choyux, y el quinto Abul-Walid, a la izquierda de Mohammad III. En el testero encima de la entrada, debe de ocupar el centro como lugar preferente Mohammad V, constructor del patio y de aquella estancia; teniendo a su derecha tal vez a su hijo Yusuf II, y a su izquierda a su hermano Ismael, víctima del Bermejo; en los extremos del costado Yusuf I y Mohammad IV».

Eguilaz (65), cree que los reyes son desde Mohammad V a Abul-Hassan, o Muley Hacén. Para él es «acabada prueba de que un artista

cristiano ejecutó aquellas pinturas... Un pintor mahometano hubiera adoptado un orden inverso en la exposición del asunto, comenzándolo en donde acaba y terminándolo donde principia».

El estar dichas pinturas de los reyes formando un óvalo y con dos escudos laterales hace materialmente imposible discernir el comienzo y terminación, y si se toman como base los escudos, como separación, también varía el orden si se contempla la bóveda desde el patio de los leones o desde dentro de la sala de los reyes.

Unicamente se puede presumir por el color de la barba, si es que en ello ha querido el pintor diferenciarles; aunque existe otro rey bermejo, como es Mahommed VI, y que está dentro de los diez primeros reyes.

En cuanto quién puede ser el autor de estas pinturas, nada se dice. Unos las hacen cristianas, fundándose en las prohibiciones del Corán, no llevadas a vigor desde luego, pues han existido pintores árabes como Abu-Bekr, Ahmed-ibn Yusuf nombrado el Husta (pintor), y Mohammed ibn Mohammed Safiad-ja-eddin-ibn Dasa (66). Existe el detalle, sin embargo, que en los escudos se ha suprimido el lema arábigo cosa que un árabe no hubiera omitido, y las otras escenas de caza y amor de las salas contiguas, con trajes del tiempo de Juan II, mas bien parecen indicar su origen muzárabe. Hay quien por algún detalle de la composición, las hace árabes. Altamira (67), cree probable sean de autor italiano del siglo XV; aunque no falta, según dice, algún crítico que crea posible referirlas a un pintor catalán de aquellos tiempos. Y por último, hay quien cree, ser dos los autores: el de las escenas de caza, cristiano; el de las de los reyes, árabe.

En definitiva podemos sacar las siguientes conclusiones: que la sala de justicia fué siempre sala de los Reyes, que éstos están representados desde Alhamar, aunque no pueda determinarse quién de ellos sea y que aunque se diese a conocer, la diferencia de un siglo con el del pintor hace que su reproducción sea completamente imaginaria.

Se señala como más adelante veremos, que en el alzamiento de Alhamar como rey «de ayudaron sus cuñados» al no existir, al parecer, hembras hermanas de Alhamar, pues aunque los genealogistas árabes no suelen señalar generalmente el nacimiento de las mujeres, empleando sólo el «tuvo tantos hijos varones», Alhozomí parece determinar y



limitar el número al decir que Yusuf tuvo cuatro hijos, Ismail, Farach y Yusuf, los cuñados referidos, son pues, los hermanos de su mujer, lo que indica su matrimonio celebrado anteriormente al alzamiento.

Su esposa, según los cronistas árabes fué Aixa hija de su tío carnal paterno Mohammad abn Yusuf de cuyo enlace tuvo cuatro hijos Mohammad, Farach, Yusuf y Fátima. Farach y Yusuf murieron en vida de su padre sin dejar descendencia (67).

Hay que advertir que Al Jatib, en «Del Kitab» que traduce Sánchez Albornoz (La España musulmana) y copia Guillén de Robles (68) señala la existencia de dos hijas de Alhamar que llama Munina y Xams que las casa con los hijos de Ben Axkilulas, premiando con ello la ayuda prestada a su proclamación. D. Emilio Lafuente, en cambio, dice que dió Alhamar en matrimonio a su hija al alcaide de Sevilla «mas enemistado con él después, lo persiguió y mató».

Todos los autores señalan el gran cuidado que en la educación de sus hijos tuvo Alhamar. Según Al Kattib «los confió a sabios virtuosos alfaquíes, los instruyó en sus horas de descanso; y apenas vió desarrollada el alma del que escogió por heredero de su corona, lo llamó junto a sí, para acostumbrarlo a los negocios del Gobierno, comunicarle los secretos de su política, inspirarle sus sentimientos y hacerle aceptable para su reino; presentándole como el espíritu que había de sobrevivir a su muerte».

Ya hemos visto cómo Alhamar fué nombrado alcaide de Arjona. Su tío Yahya, Abd Allah el Nasir Emir apenas nombrado y destituido se había declarado independiente y presentado nuevamente sus derechos al emirato, por ser hijo del califa Ali, que no fueron reconocidos por Ben-Hud quien contando con poderoso ejército no lo quiso aceptar ni reconocer.

En su visita Yahya llegó a Arjona, concentrando en ella todas sus fuerzas, y se las entregó a su sobrino Alhamar, para que hiciese la guerra a Ben-Hud.

¿Quién es este Ben-Hud? La historia nos lo describe como uno de los más gallardos y valientes descendientes de los antiguos emires de Zaragoza. Descontento de los Almohades africanos y deseoso de sacudir este yugo extranjero que dominaba el Andalus cerca de un si-

glo, se proclamó emir independiente en 1227, en Ujijar; y habiendo obtenido la aprobación de Almostansir billah, Califa de Bagdad, venció a los almohades junto a Tarifa y se apoderó de Denia, Jativo, Sevilla, Córdoba, Algeciras y Granada, llegando a dominar toda la España musulmana, menos Valencia.

Pero antes conviene señalar o referir hechos precedentes.

Avanzaba don Alfonso VIII por tierras moras y cercó Calatrava, defendida por el bravo Aben-Cadis. Tomada la ciudad por asalto, sus defensores tuvieron que replegarse y hacerse fuertes en su ciudadela. Desde allí pidieron socorros al Emperador de los Almohades que con poderoso ejército soñaba con conquistar España. A este Mohammed, entregado a la influencia de dos favoritos, Aben-Muneza y Aben-Said, los que envidiosos de Aben-Cadis, no le dan tal aviso y Aben-Cadis, al no recibir socorro tiene que capitular. Consigue salir de la Villa, y se presenta al Emperador para darle noticia, justificación y cuenta de sus actos.

Mas no es escuchado debido a los aviesos consejos de Aben-Said y no solamente no es escuchado sino que, con notable injusticia, el premio a su heroísmo es mandarlo degollar.

Su muerte produce indignación justa en los andaluces y manifiestan públicamente sus quejas y reclamaciones.

El Emir noticioso de ello, llama a los jefes y les dice, con alternería y disparatada política, estando ante la próxima batalla de las Navas que «hiciesen cuerpo aparte, de sus tropas, pues él para nada los necesitaba».

Y cuerpo aparte hicieron, en el que es probable que formara, aunque muy joven, Alhamar: y quejosos de verse preteridos y colocados en retaguardia, con baldón de su lealtad y no olvidando la injusta muerte de Aben-Cadis, cuando la batalla estaba en lo más recio y Aben Said ordenaba que los escuadrones andaluces avanzasen en socorro de los voluntarios africanos, aquéllos sin hacer caso de órdenes, de quien sabían había sido la causa de la muerte de Aben-Cadis se cobraron sus agravios, volviendo riendas, saliéndose de la batalla y dejando impasibles que se lanceasen cristianos y sus rivales los almohades.

Perdida la batalla, Mohammed ejerció sangrienta venganza y se retiró al Africa, donde olvidó la derrota entre carnales placeres, hasta

que tuvo su fin al ser envenenado por una esclava. Le sucedió su hijo El Mostavsin, que muy joven para sostener al imperio, se dejó gobernar. A su muerte subió al trono Abd-el-Wahed que los mismos que lo elevaron le hicieron bajar al sepulcro, en el mismo año. No quiso reconocerlo su sobrino El-Adhel, walí de Murcia, el que acelerando su ruina y pasando por sobre su cadáver, fue proclamado califa en 1224. Contra él se sublevaron muchos walís de Africa y el sehel de Valencia, Jativo y Denia; rompió a poco con él Cid-Abu-Mohammed, walí de Baeza, a la par que le hacían guerra los cristianos.

Mohammed, al avistar a San Fernando en tierras andaluzas, se presentó a él y le entregó importantes plazas a cambio de su protección contra sus enemigos. Pagó Mohammed con su vida, en Almodóvar, esta debilidad y entrega de territorios a los cristianos.

También moría El-Adhel asesinado por su hermano, Abu-el-ola, que se había sublevado contra él y fue proclamado emir; el cual no había aún recibido el juramento de fidelidad de los almohades de Marruecos, cuando éstos ya le habían depuesto y conferido el emirato a Yahya-ben-Nasr (el tío de Alhamar). Combatió contra Yahya y lo venció, vengándose cruelmente de los que se habían declarado contra él.

Levantóse a poco de vencido Yahya, Abu-Addala-ben-Hud, proclamado por los suyos en Escarientes (1228), lugar fragoso de la Alpujarra. Hombre audaz, político y valiente, no perdió medio de hacerse de parciales. Empezó a hablar contra los almohades, tildándoles de herejes, y suponiendo profanadas las mezquitas, las hizo purificar, se ofreció a vengar las vejaciones sufridas por su pueblo, a abolir los tributos arbitrarios y a guardar luto por la ruina que al imperio habían llevado sus antecesores. Desde entonces llevó negro el albornoz y negro el estandarte.

Regresó de Marruecos, donde había ido después de la derrota de Yahya, Abu-el-ola para combatirle; y se encontraron ambos caudillos en Tarifa; donde la victoria se inclinó por Ben-Hud, muriendo en ella los dos más bravos generales enemigos. Afianzado con tal triunfo pasó a conquistar el reino de Murcia.

A la muerte de Abu-el-ola (1232), como hemos dicho, Yahya el Nasr presentó nuevamente sus derechos al emirato y volvió a tomar las



armas. Ben-Hud, que contaba con un partido poderoso y respaldado por las victorias de Murcia, no quiso reconocer al Nasr y fué cuando este último con todas sus tropas y partidarios, llegó a Arjona y se las entregó a su sobrino Alhamar.

De los comienzos guerreros de Alhamar, hay una curiosa leyenda o historia que refiere *Gayangos* (69), traducida de un autor árabe.

«He oído referir Al-Khattib Mohammed-ibn-Mohammed ibn Abdillah-Allushi-Al-yahssobi, a quien encontré una vez en Jaén, que un abuelo poseía una yegua excelente, que montaba cuando tenía que rechazar al enemigo o invadir la frontera del reino de Castilla. Llegó a ser tan conocida la yegua entre los cristianos de las comarcas vecinas, que el rey catellano, oyendo ponderar sus buenas dotes y su aptitud para la guerra de algarada, envió mensajeros a Al-lushi, para que éste se la mandase y fijase a su antojo el precio.

Estaba Al-lushi tan prendado de esa preciosa cabalgadura, que, no queriendo deshacerse de ella, se la negó al monarca; y dicen que por la noche soñó y oyó una voz que le decía: *«Ve a Arjona y lleva contigo la yegua: pregunta por uno que llaman Mohammed-ben-Yusuf y en cuanto lo encuentres, véndesela, porque con ella ha de conquistar Jaén y otras ciudades y ha de ser esta conquista muy benefícosa para las generaciones venideras»*. No obedeció de pronto Al-lushi a tan singular mandato: pero por tres veces oyó en sueños la misma voz y empezó a pensar seriamente en lo que con tanto afán se le encargaba. Preguntó a un amigo suyo llamado ben-Yá yoh, muy conocedor de toda aquella comarca, quién podría ser el que le habían indicado en sueños y como se le manifestó que no podía ser otro que El-Ahmar, partió para Arjona, donde fijó su residencia. Apenas fue sabida en esta ciudad su llegada y el objeto de su viaje, pasaron por su casa El-Ahmar y algunos de sus parientes y empezaron a negociar la yegua; mas era tal el precio que Al-lushi exigía, que El-Ahmar se vió obligado a declarar la imposibilidad de aportar una suma tan exorbitante. Propuso al fin El-Ahmar pagarle parte al contado y parte a plazos y viendo que consentía en ello Al-lushi a El-Ahmar en la mezquita del castillo, y le reveló su sueño; y satisfecha por éste la suma convenida, se volvió a Jaén...»

Poco menos de un año tan sólo había pasado de este suceso, cuando al serle entregadas, como decíamos, por su tío, las aguerridas fuerzas

del ejército que llevara y uniéndose a ellas sus cuñados, los Axxilulas (70), otros parientes y amigos, así como su tío Yahya y el pueblo entero de Arjona, se levantó y como buen político, no contra la dinastía sino contra Ben-Hud.

«Alhamar tomó el título real en su ciudad natal, y poco después conquistó la rica ciudad de Jaén. Sin embargo, los historiadores están en desacuerdo sobre la causa que le indujo a ello, diciendo algunos, que la causa de la sublevación fue debida a alguna injusticia que le hicieran algunos de los gobernadores del distrito» (71).

Otro relato árabe dice: «El sheikk (ibnu-L-Ahamar) también se había preparado para la rebelión y en el año 629, se hizo proclamar Sultán de los Andaluces; aunque ordenó que el nombre de Abu-Zakariyya (Yahaya ibn Abi Haffs). Sultán del Africa del Este, fuese mencionado en las oraciones públicas como señor de la verdad».

El día de este alzamiento fué, después de la oración de al-asr del día viernes, 26 de Ramadhán del año 629 (16 de julio de 1232) (72).

Levi-Provençal la señala en el año 1231.

Empleóse en la proclamación el tradicional ceremonial, tomándose los juramentos.

«¿Jurais al Príncipe de los creyentes, hijo de príncipes de los creyentes, de la misma manera que lo hiciera el Profeta de Dios sus compañeros, escucharle, obedecerle en lo próspero y en lo adverso, en lo fácil y en lo difícil y serle leales a él, a sus gobernadores y a todos los musulmanes?»

Contesta el pueblo y el príncipe a su vez jura cumplir las obligaciones y deberes que como a rey y caudillo le confieren.

Argote de Molina señala la fecha de esta proclamación, el año 1236 «Por muerte del rey Aben-Huc, príncipe de los moros de España, tuvo valor (Alhamar) para que los moros de Arjona lo levantasen por rey».

Como hemos visto no está en lo cierto, ni tampoco coincide la fecha que da, con la muerte de Abén-Hud, pues los códices musulmanes la señalan en el mes de Chumada del año 635; año que corresponde a diciembre 1237 a 1238. Muerte que unos la describen como violenta, ocasionada por la traición del alcaide de Almería Aldelrhaman, que tras obsequiarle y agasajarle cuando iba en socorro de Valencia, le hizo ahogar, unos en un estanque y otros en el propio lecho, y otros estiman que fué muerte natural aunque repentina (73).



El Rey Alhamar  
Obra del escultor José M.<sup>a</sup> Palma Burgos



También hay autores que señalan la proclamación después de la conquista de Jaén, Guadix y Baza (74). Sin embargo, nosotros nos atenemos a la primitiva fecha, por creerla más cierta y antes de iniciar sus conquistas.

### MOHAMMED I - «ADALID» (75)

Ya es rey Alhamar; pero su reino aún está en el aire, debido a no contar con toda la sumisión de sus súbditos, muchos de ellos partidarios de Abén-Hud.

Los sarracenos señalan que, apenas transcurrió un año de la entrega de la famosa yegua, «Alhamar tomó el título real de su ciudad natal y poco después conquistó la rica ciudad de Jaén».

Algunos escritores afirman que esta ciudad se le entregó sin lucha «ciudad en la que fué reconocido el año 630 (1233) con lealtad hasta el fin, bien merecida porque —a su amparo se hizo dulce la vida de los de Jaén—».

Lafuente Alcántara nos describe así la conquista de esta plaza: «Salió de Arjona (Alhamar) y se presentó al frente de su caballería en las puertas de Jaén, donde se habían parapetado los abenhudes. Alhamar apretó el cerco con la infantería y derribó un paño de muralla.

Yzhia (Anasir Nasar tío de Alhamar, el que le dió el mando de las tropas) se obstinó en avanzar a la brecha al frente de las primeras compañías y así lo hizo recibiendo un flechazo. Alhamar acudió con furia y rindió la plaza.

Anasir casi exánime llamó al gentil caudillo, le encomendó su venganza, le instituyó heredero de sus tierras y pretensiones y expiró».

Pi y Margall nos da una versión diferente de la muerte de Yahya; asegura que conquistado Jaén, «partió al Africa para combatir a Roschil, hijo de Abu-el-Ola, y fué cuatro años después asesinado». Esta versión la toma del Rawd al Kirtas de Ben-Abi Zara que dice que «el emir Yahya no cesó de pelear contra Al-Mamun hasta su muerte; fué asesinado por los árabes en el valle de Abd-Allah en los alrededores de Rabat Taza, el lunes 22 del Ramadan del 633 (28 de mayo 1237). Su cabeza fué llevada a Radix a Marraqex. Su reinado había durado 3.197 días, nueve años y nueve días».

Esta segunda versión parece equivocada. Hemos visto por propios historiadores árabes cómo Yahya había cedido sus derechos a su sobrino, encomendándole la jefatura de sus tropas. No es verosímil que después de ello vuelva a tomar el mando para combatir a Raschil en Africa, y trate de reivindicar sus derechos al trono habiendo proclamado a su sobrino Alhamar.

Consignan algunos autores, que Alhamar calló esta muerte hasta ocupar Guadix y Baza y asegurarse del aprecio y lealtad a su favor de la Alpujarra, y conseguido esto, reveló el fallecimiento de su tío; siendo entonces proclamado rey en todo aquel territorio, extendiendo su mandato a las provincias de Almería, Granada y Jaén y enarbolando en todas ellas el pendón de guerra contra Abén-Hud. Málaga, sin embargo, no mostró a pesar del parentesco que le unía con ella, igual decisión.

Siguiendo con las conquistas militares fué dueño por algún espacio de tiempo de Córdoba y Sevilla.

Ocupaba esta última ciudad Abén-Hud, desde el 1228 en que derrotó a Abul-Ala, habiendo nombrado gobernador de ella a su hermano Abunnejat Selim. Alhamar, según se desprende de las crónicas y sobre todo, por el castigo inflingido como represalia y que no llevó a cabo ni en las plazas que rendía por las armas, ni con el propio gobernador sevillano de Abén-Hud, parece ser que trató con un ciudadano influyente sevillano llamado Al-bají, el preparar una sublevación contra Abén-Hud, para encumbrarse en el gobierno de la ciudad y evitar la conquista por las armas. Debieron mediar promesas, quizás dinero; hasta llegan algunos escritores a decir que concertó la alianza, haciendo entrega de su hija en matrimonio; cosa esta última que no está probada, pues, según parece, Alhamar tenía tres hijos varones y una hembra y según se ha referido ésta estaba casada con Abdala. El hecho cierto es que, con ayuda de Alhamar, Al-bají preparó y venció en la revolución, aprovechando la ausencia de Abén-Hud; destituyendo al gobernador como debió ser lo acordado; pero en lugar de ceder la victoria a Alhamar, la tomó para sí, erigiéndose en señor y jefe.

Al enterarse de ello Alhamar, algunos opinan que incluso con la ayuda de tropas cristianas (76) fué sobre Sevilla y apoderándose de Al-baji lo juzgó y mandó cortar la cabeza. Hay quien extiende este castigo hasta los wizes de Al-bají, comprometidos en la sublevación.

Algún autor señala este hecho como demás cruel pero hay que tener en cuenta que como dice Maura Gamazo (77) la justicia debía ser una de las virtudes fundamentales del siglo XIII. «Sirviéndola debe ser el caballero inexorable... Nuestra mentalidad tacha de crueles a los hombres de entonces, porque no reflexiona que la simple pérdida prematura de la vida era, a la sazón, cosa harto normal» (78).

Falto de fuerzas Alhamar en que sostenerse en Sevilla tuvo que abandonar la ciudad; pues los sevillanos volvieron a la fidelidad de Abén-Hud, el cual restituyó en el gobierno a su hermano.

Conquistase Baeza por San Fernando (1227); resiste Jaén y los cristianos llevan sus algaradas hasta Granada talando su hermosa vega y persiguiendo y acuchillando a algunos adalides árabes hasta las mismas puertas de la ciudad.

Abén-Hud procura desarmar al monarca cristiano por mediación de Alvar Pérez de Castro, castellano, que por resentimientos se había pasado al moro. La mediación fué a cambio de treguas, conceder la libertad a mil trescientos cristianos cautivos que gemían prisión en las torres Bermejas granadinas.

Este servicio hizo volver a la gracia del Rey a Alvar Pérez, a cuyo lado se puso desde entonces, combatiendo desde aquel punto a sus antiguos amigos.

Resultará quizás un tanto extraño, al lector, la conducta de este adalid. Unas veces amigo y aliado de los moros; defendiendo la fortaleza de Jaén contra el propio rey San Fernando, de tal suerte que éste no la pudo tomar; y otras figurando en las huestes cristianas castellanas, en lucha contra los moros sus antiguos aliados.

Para enjuiciar tal conducta, hay que tener en cuenta que la unidad española no se había verificado. España era un conglomerado de territorios y señoríos que formaban diversas monarquías: leonesa, castellana, aragonesa, navarra y árabe y las cuales iban variando de límites a medida que iban avanzando las conquistas. El rey, en pago de servicios en la lucha, iba repartiendo las porciones de su territorio entre los guerreros y nobles que le ayudaban en la empresa. Estos se erigían en dueños de estados y fortalezas, y disputaban su defensa y engrandecimiento contra todos, incluso contra el mismo rey. De aquí que cuando les convenía se uniesen y aliasen con el vecino, ya fuese ene-



migo reconocido, y cuando les parecía dejaban la alianza para pasarse al bando contrario. Puede decirse que el rey estaba a su merced, y se veía y deseaba en las Cortes para sacar adelante los tributos necesarios para las empresas comunes. Si no cierta, a lo menos responde a este concepto la supuesta fórmula de proclamación de rey en Aragón — «Nos que somos tanto como Vos, y que juntos valemos más que Vos, os proclamamos rey».

Llegando a existir el fuero de desnaturalización; es decir, el que los ricos-homes puedan «desnaturarse» entregando los castillos y honores que por merced del rey tenían, perdiendo sus derechos y privilegios a cambio de quedar libres para poder servir a quien quisieran *sin nota de haber faltado* a la obligación del vasallaje debido a su señor natural.

Y así cualquier disgusto con el rey o con el vecino, el creer en merma su prestigio o su ambición, les hacía pasarse al bando opuesto.

Pocos años después, en los tiempos de don Alfonso X, veremos cómo no sólo los ricos-homes, sino los príncipes e infantes de sangre militaban en campos enemigos. Y así Alhamar pudo morir en brazos de su gran amigo y aliado el infante don Felipe, y llegar el desamparo del rey de Castilla hasta tener que empeñar su propia corona y pedir ayuda a Marruecos contra sus propios hijos y súbditos. —«Si los míos hijos —escribe— son mis enemigos, non será ende mal, que yo tome a los mis enemigos por fijos, enemigos en la lei, mas non por ende en la voluntad, que es el buen Abén-Yusaf que yo amo e precio mucho»—.

Creemos pertinente esta aclaración para no extrañar ni sorprender treguas y alianzas que concierte Alhamar con San Fernando, y que el propio rey castellano sea uno de los ayudadores del rey de Arjona en la creación y conquista de su reino granadino, y a la par sea Alhamar una lanza más en el ejército cristiano contra Sevilla en poder de los Almohades.

Volviendo a nuestra historia: las treguas entre Abén-Hud y Fernando III hacen más difícil la situación de Alhamar, y muestra y hace resaltar las condiciones de mando, valor y pericia militar de este caudillo; para poder con escasas fuerzas sostener y defender su naciente reino, y mucho más si se tiene en cuenta que esta tregua deje libre a Abén-Hud para combatir a Alhamar y también a San Fernando para que pueda poner todo su ejército en su contra.



Táctica de San Fernando es esta de concertad treguas aprovechando las luchas intestinas de los árabes entre sí; con ello se libraba de un enemigo por algún tiempo, pudiendo atacar al otro.

Sorprendió la muerte de su padre a San Fernando, según Mariana y Burriel, en el cerco de Darzela, según Lafuente en el cerco de Jaén y según la crónica de dicho Rey, al levantar el cerco de esta ciudad en camino de Castilla en la ciudad de Guadalajara.

Mientras San Fernando se encontraba en Castilla por esta muerte y en espera del convenio que las dos reinas doña Berenguela y doña Teresa hicieran en favor de la unidad de los dos reinos en las sienes de San Fernando, para evitar luchas y desconciertos, con la renuncia hecha por doña Teresa de los derechos a León de sus hijas y hermanas del Rey, a cambio y compensación de una pensión cuantiosa para sostenerlas en su rango (79), el arzobispo don Rodrigo proseguía la guerra en Andalucía, recobrando Quesada y extendiendo sus conquistas por aquellos lugares, dando comienzo al Adelantamiento de Cazorla.

Además ocurrió por este tiempo (1232) la batalla de Jerez que tan funestas consecuencias tuvo para Abén-Hud; pues con ella se inició la decadencia de su poder, favoreciendo el de Alhamar; batalla en que fueron guiados los cristianos por Alvar Pérez de Castro, al que acompañó el infante don Alfonso y gentes moras de Baeza como vasallas del Rey y de la otra parte Abén-Hud al que se unió «un rey alárabe con setecientos caballeros gazules».

Las fuerzas moras según los cronistas, formaban «siete batallas que la menor era de más de mil quinientos de a caballo y otras de dos mil y otras de más» con un total de trescientos mil y las cristianas, si las crónicas no son exageradas como parece, eran sólo de tres mil hombres.

Dióse la batalla con triunfo de los cristianos y según tradición ayudados por el apóstol Santiago. En ella murió el rey de los Gazules, por mano del caballero Pérez de Vargas que en ese día se cubrió de gloria, y quedó destrozado el ejército de Abén-Hud. No permaneció ocioso mientras tanto Alhamar. Con sus tropas conquistaba para él torres y pueblos de los sometidos a Abén-Hud o en poder de los castellanos, como Loja y Alhama —que reconstruyó después— y toda la sierra de este nombre. También toma Iznatoraf y San Esteban, aunque vuelve a perderlos al siguiente año.

Al llegar el agosto del año 1234 según la crónica del Santo Rey, éste baja con su ejército de Toledo y se dirige contra Ubeda, ciudad bien torreada y a la sazón guarnecida por los mejores caballeros moros y bien pertrechada de defensas y que poseía Abén-Hud.

Argote de Molina marca la contradicción que existe en las fechas de su toma; sacándolas de la Historia general de don Alfonso, de Garibay y de la Historia de las Ordenes (1235-1234-1233). Sin embargo, él sostiene la fecha de 1234, conforme con la crónica del Santo Rey, y señalando el día de su conquista, confirmandose por los escritores modernos, que fué el de San Miguel Arcángel (29 de septiembre de 1234) cuya imagen toma por armas de su escudo la ciudad, hasta que don Enrique II las cambia por una corona de oro en campo rojo y doce leones de gules en campo de plata, sin perjuicio de seguir usando el Concejo en sus sellos la efigie del Santo Arcángel.

Los Lafuentes (79) señalan que Abén-Hud cuando «se disponía a socorrer Ubeda y de allí pasar a Granada, se entera de que los cristianos de aquella ciudad junto con los de Andújar, valiéndose de las confianzas de unos prisioneros almogáraves, habían tenido la audacia de escalar los muros de Córdoba.

Socorro como vemos tardío, pues del cerco de Ubeda a la toma de esas torres de Córdoba media más de un año de diferencia; pues según las «Memorias para la Vida del Santo Rey D. Fernando» de Marcos Burriel, fué el 23 de diciembre de 1235 este último suceso.

Argote señala sólo el año describiendo con detalle la aventura «refiere, como los ricos-hombres, Adalides y almogáraves ayuntáronse en Andújar e hicieron entrada en Córdoba, en que cautivaron a algunos moros; de los cuales tuvieron aviso cómo la ciudad de Córdoba estaba muy descuidada ya que no se velaba ni recelaba de los cristianos».

Después de esto concertáronse con don Alvar Pérez, de Martos, y con gente de Baeza y Ubeda y aprovechando el mal tiempo reinante y vestidos de moros, llegaron en la noche a la muralla, tomando por sorpresa la torre que luego se llamó de Alvaro Colodro. Tras ello fueron apoderándose de otras torres hasta la puerta de Martos, y al amanecer consiguieron abrir dicha puerta, entrando por ella la caballería y tomando el arrabal que llamaban el Axarquía.

Reaccionaron los moros, y los cristianos enviaron a pedir socorro a Alvar Pérez y al Rey. Acudió Alvar Pérez y su hermano, y últimamente don Fernando; que habíase vuelto a Castilla tras la conquista de Ubeda, acaso por la muerte de la reina doña Beatriz, y que estando en Benavente (80), disponiéndose a sentarse a la mesa, recibió el mensaje y sin esperar, montó a caballo y con sólo treinta hombres que fueron los que en un principio pudo reunir, se dirigió a marchas forzadas a Alcolea lugar donde pondría sus reales.

Al pasar por Andújar, se le presentó un «desleal confidente cristiano» llamado Juárez, que años antes había sido expulsado por San Fernando de sus dominios y que, debido a ello, se había pasado a los moros y hecho gran amigo de Abén-Hud. Ofrecióse el tal Juárez al Rey para hacer traición a Abén-Hud, haciéndole por engaños desistir del socorro a Córdoba.

No agradó la visita ni la propuesta de traición a San Fernando pero dejó las cosas correr.

En efecto llegó Juárez a Ecija, donde se encontraba Abén-Hud y le dio cuenta de haber avistado al ejército cristiano, exagerándole la fuerza del mismo y la firme resolución del Rey de hacer la conquista.

Como Abén-Hud desde la derrota de Jerez no se encontraba con muchos ánimos para enfrentarse con San Fernando y no queriendo perder los auxilios del mismo o su neutralidad para poder batir a Alhamar, y por otra parte en aquellos días había recibido dos emisarios del rey Gionail-ben-Zayan de Valencia pidiéndole socorros contra el rey de Aragón, resolvió Abén-Hud ir en ayuda de los valencianos pactando treguas por cuatro años con San Fernando y dejando que Córdoba se defendiese sola, lo que no pudo conseguir, entregándose a San Fernando el 29 de junio de 1236. Mientras Abén-Hud se dirigía a Almería, algunos apuntan que para embarcarse con rumbo a Valencia, cosa un tanto extraña, pues estando en Ecija, más cerca tenía los puertos de Sevilla, Cádiz, Málaga y los mismos de Granada, y si caminando pensaba marchar a Levante, el ir a Almería es rodeo innecesario.

De todas suertes, el hecho cierto, es que llegó a Almería, siendo bien recibido y agasajado por el caid o alcaide Abder-rahmam; y en el mes de Chumada (80), según una crónica árabe el 15 de enero de 1238 (81), le dió muerte según ya dijimos, unos en su propio lecho; otros, como la crónica de Don Alfonso ahogándolo en una alberca, y

alguno (82) apunta la creencia de que murió repentinamente de muerte natural. Este autor señala este acontecimiento el año 1237 «como siempre que ocurren muertes imprevistas —dice— se atribuyó a crimen; pero sin fundamento, como lo demuestra la diversidad de explicaciones que se encuentran en las crónicas y que trascienden a leyenda».

Las tropas que acaudillaba Abén-Hud y que iban destinadas a la ayuda de Valencia, al enterarse de esta muerte, se negaron a seguir en camino, dejando a Valencia desamparada; y el caído de Almería, fuese o no regicida, bien para librarse de las iras de los parientes del muerto o por creerlo prudente, se apresuró a jurar obediencia y ponerse bajo el amparo de Alhamar.

Igual hicieron todos los pueblos del dominio árabe que antes estaban bajo el poder de Abén-Hud; algunos por la ayuda y mediación del walí de Jaén, el fiel Omar-ben-Muza, como ocurrió a Granada.

Dice Jimena (83) «porque las ciudades de Granada y Almería no habían tomado reyes de señorío en apartado, desde que mataron en Almería al rey Abén-Hud, vino (Alhamar) desde Arjona a Granada y tomólo por rey, el año de la era 1272 años (1238). Algún autor afirma, que la noticia de habersele proclamado rey de Granada, la recibió estando en Jaén (\*).

A últimos del Ramadham del 635 (mediados de junio de 1238), entró en Granada en medio de vítores, aclamaciones y regocijo.

Consignamos la poca relatividad de las fechas que señalan los cronistas con los acontecimientos descritos. Ya hicimos ver anteriormente, la poca que guarda el no socorrer Ubeda por el golpe de fuerza sobre Córdoba. Ahora vemos que al desechar Abén-Hud el pensamiento del socorro de Córdoba por el auxilio de Valencia, parece que fuese debido a la simultaneidad de ambos hechos, y sin embargo, Córdoba se entrega a Castilla y el Rey entra en ella el 29 de junio de 1236, y la ida y muerte de Abén-Hud en Almería es a primeros del año 635 según los árabes y más concretamente el 15 de enero de 1238 (84), es decir, año y medio de diferencia en un hecho que parecía que debía ser inmediato. Sin embargo, Argote lo coloca más en la realidad en el 1236, al decir que «aquel año por muerte de Abén-Hud, príncipe de los mo-

(\*) Levi Provençal señala la fecha en el 1237.

ros de España, tuvo valor (Alhamar) para que los moros de Arjona lo levantasen por rey» aunque ahora yerra en esta proclamación de Arjona, según ya hemos visto.

Ya es Alhamar señor de más vasto territorio; desembarazado de Abén-Hud se encuentra más seguro para medir sus armas con las de San Fernando.

Y en efecto, sabedor por confidentes que Martos se halla desguarnecido, pues su capitán de frontera Alvar Pérez había salido para Ayllón, a verse con el rey de Castilla y darle cuenta de la inversión de los socorros de ayuda que había recibido de su mano para auxilio de las necesidades de Córdoba y para recabar nuevas provisiones, pues el hambre era grande; el castillo de Martos, como digo, estaba falto de defensa. En él habíase quedado la condesa, mujer de Alvar Pérez y cincuenta caballeros capitaneados por don Tello Meneses, su sobrino. Salió éste con la tropa a hacer una cabalgada por tierras fronterizas enemigas, y aprovechó tal momento Alhamar para caer sobre la Peña de Martos con buen golpe de gente armada.

«Cuando la condesa se vió cercada y la fortaleza sin hombres, mandó destocar y cortar los cabellos a sus dueñas y doncellas y tomar armas, e hízolas asomar a las almenas, a la par que enviaba un mensajero a don Tello, avisándole lo que pasaba».

No se sabe si sirvió para engañar a Alhamar tal ardid, estratagemas ya repetidas anteriormente. «Don Tello, luego que llegó el aviso, volvióse a Martos, y por consejo de Diego Pérez de Vargas que con él iba, a gran riesgo de sus vidas hicieronse todos un tropel y dando espuelas reciamente a los caballos, rompieron por medio de los enemigos, y el primero que subió a la peña fué Diego Pérez Machuca y cuando el rey Abén Alhamar vió cómo aquellos caballeros se habían puesto en tan gran peligro, entendió que ya que para aquello habían sido tan esforzados, también lo serían para defender la peña; alzó el cerco y volvióse a Granada» (85).

La fecha de este hecho la coloca Burriel en el año 1238. Es curioso consignar cómo este combate es tan parecido a otro que el mismo autor Argote describe aproximadamente por el año 1227 que parece ser el mismo. También Julio González lo trae en un trabajo titulado «Las conquistas de San Fernando III en Andalucía».



La narración según Argote es la siguiente: «Abulalle, rey de Sevilla, salió con gran poder a correr tierra que el rey don Fernando había ganado y habiendo llegado a Víboras pasó adelante y fué sobre Martos, cuyo presidio tenía D. Alvar Pérez de Castro, el cual estaba en Castilla con el rey D. Fernando, donde había ido a proveer cosas de la frontera, dejando en Martos a la condesa Irenia (86) su mujer. De lo cual como tuviese noticia don Tello Alfonso de Meneses (que había quedado por capitán general de la frontera y había salido a correr Baena, Lucena y Castro del Río) fué en socorro de Martos y hecho un escuadrón de su gente entró por medio del ejército de los moros y se metió en la villa con pérdida de Fernán Gómez de Padilla, caballero principal de Castilla que traía un estandarte...», acudieron después diversos caballeros y tras una batalla obligaron al moro a levantar el cerco.

La alegría que tuvo el rey don Fernando al saber la nueva de la defensa de Martos contra Alhamar, se vió amargada tiempo después, al recibir la noticia de la muerte de Alvar Pérez, acaecida en Orgaz en el 1240, de resultas de aguda dolencia que allí le acometió, cuando regresaba a Andalucía con dineros y bastimentos del Rey para Córdoba.

Esta muerte determinó al santo Rey a ir a esta ciudad de Córdoba, a suplir con su presencia el ánimo de las tropas decaído con la muerte de Alvar Pérez.

Concedió la villa de Martos a la Orden de Calatrava y desde Córdoba hizo entrada por tierras de Alhamar «ganándole muchos castillos, entre los cuales fue el castillo de Porcuna, en el reino de Jaén, el cual dió también a la orden de Calatrava».

El quebranto con ello por Alhamar y, sobre todo, el hecho de haber salido de su obediencia Murcia, elevándose en ella Mohammed Aly Abén-Hud, hijo de Abén-Hud y «al que los nuestros llaman Abén-Hudiel» (86), y por otra parte, San Fernando, que deseaba volver a Castilla entre otras razones para someter al levantisco Diego López de Haro, que se había sublevado contra él, de común acuerdo Castilla y Granada concertaron treguas por un año. «Ninguno de los dos gustaba de este trato, pero a ambos compelió la propia necesidad».

Firmadas las cuales (1241), don Fernando marchó a Burgos, don-

de a poco adoleció de enfermedad que le privó de ocuparse de las cosas de guerra, dejando encargado de las mismas a su hijo don Alfonso.

Referente a estas treguas y para justificar las mismas por la parte de Alhamar escribe Jimena (87). «Parece que Granada y su comarca habían sacudido la obediencia al rey de Arjona con las grandes revueltas que había entre los moros, y ahora movidos sus ciudadanos del valor grande y muy merecido de este rey, se rebelaron contra el rebelde que los tenía tiranizados y recibieron por su rey a Alhamar y le dieron de nuevo obediencia». A continuación copia un párrafo «de una historia antigua que tengo yo del Santo Rey don Fernando (88) y que dice, que luego que hizo una entrada en el reino de Sevilla y parece fué el año 1240 en el cual también la pone el arzobispo don Rodrigo, pasando —dice— cerca de Arjona le avisaron cómo en Arjona estaba un rey que le llamaban Alhamar, el cual era caballero esforzado, e assi quedase haría gran daño en vuestra Pardaje. Y el Rey volvió para Arjona a llamar al rey Alhamar, el cual salió luego a él y se hizo su vasallo; y el Rey le dixo que fuese cierto que le diese Arjona e le haría rey de Granada e que tovera cuidado de guardar su fardaje que no se perdiese cosa alguna, de lo cual el rey moro hizo homenaje. Y el rey Fernando se partió e corrió a tierras de Sevilla y envió a hablar con algunos principales de Granada; e tuvo con ellos tal forma que tomaron por rey a Alhamar que era de Arjona, e quitasen al rey que entonces tenían. E los moros lo hicieron así, por ser muy esforzado caballero; el cual le dió luego al rey de Arjona».

Vuelve Jimena a tomar el hilo de la relación. «Los conciertos —dice— que el Moro hizo con el Santo Rey no se cumplieron ni por ahora se entregó la villa de Arjona... Sin embargo se mantuvieron las treguas por un año, según refieren todas las crónicas de aquel tiempo».

Los hechos narrados, como se verá, no concuerdan con la realidad. En primer lugar no se sabe de tal vasallaje, anterior al efectivo del cerco de Jaén, la fecha de las treguas parece exacta, pero en dicha fecha ya hacía dos años que Alhamar era rey de Granada, y si en efecto tuvo disgustos y desavenencias entre los granadinos, no creo ni está probado que motivasen la deposición de Alhamar por otro

rey, ni creo que entonces tuviese influencia alguna San Fernando en la corte de Granada, para hacer cambiar de opinión a las gentes a favor de Alhamar.

Algunos autores relatan sin coincidir en la fecha (Argote la señala a raíz de hechos ocurridos en el 1231; Lafuente Alcántara, después de la toma de Jaén (1246), y Jimena, tras el asedio de Martos); un duelo caballeroso del que hablan todos los cronistas árabes, entre cien caballeros cristianos y cien caballeros moros. Jimena dice haberlo sacado «de un antiguo manuscrito —que ahora está en mi poder— donde se contienen varias noticias de aquellos tiempos» (1239-1240); lo mismo hace Burriel en sus comentarios.

Una de las razones por la que nos inclinamos por estas segundas fechas, es el hecho de que si la liza hubiese sido en el 1231, hubiera entrado en ella Alhamar a la par que sus tíos y hermanos y por la otra parte Alvar Pérez, juntamente con su sobrino Tello Alonso. El no figurar Alvar Pérez y sí como adalid el sobrino, hace presumir que dichas justas fueron después de su muerte o en su ausencia. Además un duelo caballeroso parece imprescindible que tenga que realizarse en tiempos de treguas o de paz.

La descripción de este singular combate la tomamos de Ruiz Jiménez (89), que lo narra de la siguiente forma: «En Martos y Baeza los moros eran agasajados con corridas de caballos y en Arjona los cristianos disputaban en la plaza del torneo (90) las cintas a los adalides de Alhamar... Era alcaide de Baeza don Tello Alonso de Meneses..., notable guerrero de brillantes prendas personales, de valor proverbial y altivo con la noble altivez que en aquella época daban los merecimientos propios y la elevada alcurnia.

Sucedió que un día don Tello dijo que sus compañeros, su galana cohorte de caballeros, eran las mejores lanzas de Andalucía. Llegó la noticia de esta afirmación a Arjona y resentidos los caballeros de la escolta de Alhamar, escribieron a don Tello para que se retractase, y en caso negativo retándole para que eligiese armas y campo donde probasen su dicho cien cristianos contra cien moros. Aceptóse el desafío y de común acuerdo se señaló una llanura junto a Arjona. Era un hermoso día de esos que con tanta frecuencia lucen en Andalucía. La naturaleza, que iba a presenciar seguramente una escena de horror, había querido sin embargo asistir a ella de toda gala. Don Tello



apareció al frente de su hueste adornada con extraordinario lujo; por la parte de los moros figuraban los hijos de Exkihula (Escallola), es decir los tíos de Alhamar y primos (91) y también «presentáronse ricamente vestidos y todos pertrechados con lorigas, brazaletes, lanzas, espadas, mazas y puñales», y cabalgando en briosos caballos con caparazones de acero.

«A un lado y otro de estas brillantes huestes veíase multitud de moros y cristianos que habían acudido a presenciar el combate. Midióse el suelo, compartióse el reflejo del sol y, nombrados los jueces, alinearon a los beligerantes frente a frente. No tardó el signo de ataque: los ministriles sonaron sus atabales y dulzainas y los escuadrones se precipitaron violentamente el uno sobre el otro. Una nube de polvo oscureció la atmósfera, y un ruido estridente conmovió la tierra: el choque había sido terrible; las lanzas aparecían rotas en los petos contrarios. Brillaron las espadas y una lluvia de trajes y mandobles cayó sobre cada uno de los combatientes. Rotos los aceros o mellados en los almetes y adargas, se recurrió a las mazas y a cada golpe, abollábanse las armaduras y se magullaban las carnes, sin que un sólo caballero se desalentara ni perdiera un palmo de terreno. ¿Qué hubiera sucedido sin la intervención oportuna de los jueces, que declararon después de largo rato que una y otra parte habían cumplido como caballeros? Fácil es preverlo, tratándose de una lucha en que mediaban tan valientes y esforzados guerreros, fanáticos por su honor y por su nombre. Pero afortunadamente el combate terminó» y «fue éste, dice Argote, uno de los más notables hechos que han pasado en España y es cosa de admiración no haber memoria de él en las historias castellanas».

Libre Alhamar —continúa el anterior relato— por las treguas concertadas, de los cuidados de la guerra contra el ejército cristiano, concentró sus tropas dirigiéndolas a Murcia, para castigar al sublevado Alén-Hudiel. Este por una parte, ante las fuerzas aragonesas que se extendían por aquellas fronteras y eran dueñas de Valencia y Játiva, por otra las continuas discordias de sus propios alcaides «que no sacaban —según escritor árabe— sino muertes y desolación» y por último ante la decisión de Alhamar de llevarle la guerra y el castigo a sus propios dominios, no encontró otra solución sino la de acogerse a la protección del Rey de Castilla.

Para ello envió dos mensajeros que se avistaron con el infante don Alfonso en Toledo, ofreciéndole en nombre de Hundiél el reino de Murcia.

Aceptó el infante el ofrecimiento firmáronse las capitulaciones en Alcaraz, a más de por Ben-Aly-Abén-Hud por los alcaides de Alicante. Elche, Orihuela, Alhama, Aledo, Cieza y Chinchilla, no vinieron a este concierto ni el walí de Lorca ni los alcaides de Cartagena y Mula.

El texto de las capitulaciones parece ser que fueron, por una parte la entrega del reino de Murcia, por la otra que el rey Abén-Hudid, recibido en la protección del rey de Castilla, fuese defendido por las armas de toda fuerza y agravio, y en particular le ayudasen contra los ejércitos de Alhama, a los cuales conocía no poder resistir bastante; y que en tanto Abén-Hudid viviese, para sustentar su vida quedasen por él la mitad de las rentas reales.

Después de ello, don Alfonso pasó a Murcia, donde se apoderó sin dificultad de todo el reino. Según el «kalendario de los Alcaldes de Baeza» esta conquista fue en el año 1243.

Como habían terminado las treguas concertadas con Alhama, don Rodrigo Alonso de León, hijo bastardo del rey don Alfonso de León y por lo tanto hermano del santo Rey, hizo una entrada en las tierras de Alhama. Dióse la batalla y en ella fueron vencidos los cristianos, muriendo Isidoro García, Comendador que había sido de Tarifa y ahora lo era de Martos y con él Martín Ruiz de Argote y varios freiles; quedando preso Alonso Ruiz y hasta veinte caballeros de los más principales (92).

Llegada la primavera del año 1244 (pues según Burriel, hasta esa fecha estuvo San Fernando ocupado en el gobierno de Burgos) se dirigió hacia Andalucía. Antes había enviado a don Alfonso con el Maestre de Santiago, don Pelayo Correa y con tropa y «recua de mantenimiento y dinero» a Murcia, como anteriormente se ha indicado.

San Fernando vino esta vez acompañado de su esposa doña Juana; mujer intrépida y amante de su marido, que no quiso separarse de él. También le acompañó don Rodrigo el hijo de la Condesa, y Ruiz González y cincuenta caballeros, poco más y otros tantos de infantería. Pasaron con gran cuidado el puerto de Muradal de Sierra Morena; pues temían alguna emboscada de Alhama, que dominaba todos

aquellos terrenos. Las historias señalan «el gran peligro; por que se temía entonces toda aquella tierra del rey de Arjona, por la victoria que tuvo de don Rodrigo Alonso de León, hermano del Rey».

Unidos todos partieron hacia Arjona «talando los panes, huertas y viñas; de tal suerte que no les quedó en pie cosa alguna». Y con la misma furia y rigor castigaron después los campos de Jaén, dando luego la vuelta por Alcaudete, donde prosiguieron el daño.

El comentador de San Fernando, repetidamente citado, nos describe esta incursión en los siguientes términos: «Luego se encaminó hacia Arjona. Refugiáronse a la plaza los moros y el Rey no les embistió, que diestro capitán, envaynó un tanto su ardor entre la prudencia. Quebrantó al enemigo y aseguró el golpe. Taló y destruyó los campos, quemó los olivares, descepo los majuelos, agostó las alamedas y los dexó cercados dentro de la villa, gastando las provisiones que habían entrado y sin esperanza de conseguir nuevas si salían al campo. Dexólos así y pasó a Jaén, que padeció el mismo rigor y acabando con cuanto allí había, se encaminó a Alcaudete».

Según la crónica de don Fernando, desde Alcaudete mandó el Rey a Nuño González y a don Rodrigo, hijo de la Condesa, que se tornasen para Arjona y que la cercasen y combatiesen, y envió con ellos gran parte de su ejército.

Procuraron estos dos capitanes combatir la plaza con todo ardor y fuerza, para llevarse los honores de su conquista antes de que el Rey llegara, «pero fueron recibidos por los moros con desprecio, manteniéndose éstos en sus puestos». Ocurría esto en un martes.

Pero don Fernando no se demoró; sino que al amanecer del siguiente día, se presentó ante las defensas de la villa con el total de sus tropas. No resistieron mucho los sitiados, influyendo quizá el no estar Alhama y tener enfrente a todo un ejército cristiano y ante la imposibilidad de defensa, enviaron mensajeros al Rey «demandando partido» y condiciones de rendición.

Firmáronse éstas el viernes y ese mismo día fue entregada la villa y tomada de ella posesión San Fernando. Entre las condiciones figuró el respetar vidas y haciendas y que pudiesen permanecer en la villa los que así lo desearan, salvo los que el Rey quisiera desterrar.

Permaneció éste en Arjona dos días y como ya era tradicional, llevó a la Mezquita y entronizó en ella la cruz y una imagen de la Vir-

gen que hasta el año 1936, aunque mal restaurada, se hallaba en la Iglesia de Santa María; muy parecida a la imagen de las batallas de Sevilla. Por concordia entre el arzobispado de Toledo y el obispado de Baeza fechada anteriormente el 27 de mayo de 1243 se había incluido la iglesia de Arjona en la diócesis de Baeza. Colocó después San Fernando alcaide y guarnición y repartió entre doscientos setenta y seis caballeros, sus conquistadores, tierras y propiedades (93); aunque bastantes años antes en 1228 ya había hecho promesa de dar «cuando se conquistase» ciertas heredades de Arjona a la Orden de Calatrava (94). Y para honrar la villa tomó el título de rey de Arjona; mandando batir moneda, cuya descripción nos la da Jimena, que dibuja en sus anales «es de plata —dice— y de la circunferencia de un cuarto de ocho segoviano; en la cual de una parte está la efigie del Rey con su corona en la cabeza y en el pico alto de en medio, se levanta una cruz de cuatro brazos. Tiene por esta parte en la circunferencia unas letras antiguas que descifradas dicen FERDINANDVS. DEL. GRATIA; y por el reverso las armas de Arjona que don Fernando otorgó a la Villa (una puerta con dos torres a los lados, y encima una cruz de cuatro brazos, todo en campo de gules) y en la circunferencia REX CASTELLE LEGIONIS. ARJONA».

Es curioso observar cómo las crónicas que señalan el detalle del año y días de la semana del sitio y toma de Arjona omitan el mes.

Y como es detalle curioso vamos a rastrearlo en lo que nos sea posible.

Como se ha dicho, el Rey partió de Burgos en la primavera. El alcalde de Baeza, según el calendario de jueces y alcaldes, que se copia tras el fuero de esta ciudad (94), era don García de Alarcón —«estando este alcalde, fué presa Arjona»—. Este alcalde entró el 29 de septiembre del 1243, durándole el mandato hasta el 29 de septiembre de 1244; pues así lo determinaba el fuero de Baeza, que en ello coincide con el fuero de Medina. [«mando aún que el primer domingo después de la festa de Sanct Miguel, el concejo ponga juez et Alcalde»—«Yo Conde... un fuero, que vos el concejo de Molina, siempre en cada año jueces y alcaldes de cada colación pongades, empezando en la festa de San Miguel»].

Resulta pues que la conquista de Arjona hay que situarla entre el comienzo de la primavera y septiembre. Pero como es la primera cam-

pañña del año que realiza San Fernando y en la crónica se menciona que fueron talados y destruidos «los panes», podemos establecerla a final de abril y mejor a primeros de mayo con cierta seguridad.

Espinalt en su «Atlante español» sin fundamentar la noticia, señala que San Fernando cercó la villa de Arjona y a pesar de una «vigorosa resistencia, se la ganó (a Alhamar) el año 1240; cuya pérdida sintió Mohammed tanto por ser su patria, como por haber sido en ella aclamado rey: Y en el 1243 se volvieron a apoderar de ella los moros, aunque les duró poco; pues al año siguiente la volvió a cercar San Fernando enviando un trozo de su ejército y aunque el Moro no estaba en esta villa, los rechazaron sus vasallos. Pero habiendo venido al siguiente día el Santo Rey, empezaron a tratar de capitular y se ajustó la entrega».

Sin duda la confusión habida es la antes señalada de las treguas y de una posible petición de entrega de Arjona, que como dijimos, no se efectuó; por lo que no tuvieron necesidad de reconquistarla nuevamente los moros.

De Arjona marchó el Rey a ganar Pegalajar, Begíjar, Elcarcena y Laguardia y volviéndose a Andújar a donde había dejado a su esposa, mandó a su hermano talar la vega de Granada, mientras él se trasladaba con la Reina a Córdoba.

Estando las tropas cristianas en tierras granadinas, Alhamar hizo una salida con quinientos jinetes y tan de improviso y tan fuerte, que puso en gran aprieto a aquéllas, acudió el Rey, consiguiendo restablecer la confianza en sus tropas y conseguir volver a encerrar a los árabes en sus defensas.

Veinte días señalan las crónicas que estuvo San Fernando sitiando las vegas de Granada. Al cabo de ellos, al comprender lo difícil de su conquista y serle comunicada la noticia de que moros gazules habían cercado Martos, levantó el campo y acudió a socorrerle; donde los gazules, al enterarse de la venida del ejército del Rey contra ellos, dejaron el cerco.

En su vista, San Fernando se volvió a Córdoba, donde se encontraba su esposa. Allí estuvo el final de aquel año pasando las navidades y entrando en el siguiente de 1245 en cuyo año «siendo alcalde de Baeza, Domingo Mínguez de San-Peydro fué presa Cabra».



Estando en Córdoba recibió la confidencia de que Alhamar enviaba una recua de «mil e quinientas bestias, bien cargadas» para abastecer Jaén. Sabido esto envió a su hermano con los concejos de Ubeda y Baeza para que se apostasen en el camino antes de Jaén, para sorprenderla y tomarla al paso. No contento con esto, púsose el Rey en camino con don Rodrigo Valdverna, don Diego Gómez y don Alonso López de Vaya. Llegaron a Arjona y de Arjona fueron al camino de Jaén y allí estuvieron dos días esperando la llegada de la recua.

Los de la recua mientras tanto, enterados de la celada que se les preparaba, en el camino, decidieron volver atrás, ante la dificultad de presentar batalla con el entorpecimiento de las acemilas y posible pérdida de las mismas.

Medida de prudencia que alabó Alhamar, aunque a la par felicitó a los que en tal ocasión opinaron ser cuestión de honor propio dar la batalla.

Ya sobre tierras de Jaén aprovechó el viaje San Fernando para hacer el daño que pudo a los campos; y como le anunciasen que su madre doña Berenguela había salido de donde se encontraba para verse con él, partió para recibirla y evitarla el penoso camino.

Viéronse en Pozuelo, que unos autores colocan en el lugar en que hoy se asienta Ciudad Real y otros en tierras de Valladolid (94).

Los cronistas señalan que madre e hijo estuvieron juntos seis semanas, que fueron las últimas que pasaron juntos; después o bien don Fernando marchó a Burgos, según unos o bajó a la frontera andaluza según otros. Miguel de Manuel Rodríguez dice existe una concesión de merced al abad de Santander, del Rey, firmada en Burgos a 2 de julio, y aún más, una escritura que cita Salazar, en la que el Rey concede a la Orden de Santiago una heredad, también firmada por éste en dicha ciudad de Burgos a 13 de septiembre. Sin embargo, otros autores entre ellos Jimena, aseguran estar antes de agosto en Andalucía.

Sea una u otra la fecha, el Rey con la Reina volvió de Castilla a Andújar y de allí marchó a Córdoba donde dejó a la Reina. Después corrió las tierras assolándolas, las de Alcalá la Real, en la que tomó prisioneros. Yllora, cuya ciudad quemó, Iznalloz y la vega granadina. De allí tornó a tierras de Jaén y llegó a Martos, a esperar la llegada del Maestre de Santiago don Pelayo Pérez Correa; que la mayoría de

los autores hacen venir de Murcia, donde acompañando a don Alfonso, había estado para su conquista y sostenimiento. Sin embargo el ya citado Rodríguez, asegura que Correa, de Murcia marchó a Francia y lo prueba con la fecha de una escritura de obligación que ante el Papa Inocencio IV y en la ciudad de Lyon, otorgó en nombre de la orden con el Prior de Ucles y que es la del ocho de la calendas de octubre.

No empecé tal escritura, el que Correa de Lyon volviese a Murcia y de allí a Martos y lo confirma la historia que mandara componer don Alfonso «...estando el Rey en Martos, llegó entonces el Maestre don Pelay Correa, que salie del reino de Murcia, do dejara al infante don Alfonso, su hijo del Rey bien andante».

Según Rodríguez esta reunión del Rey y Correa verificada en Martos fue a mediados de noviembre. Es muy probable que fuese precisamente el día 25 de dicho mes, fiesta de Santa Catalina.

Explicando con ello la confusión, que posteriormente incurre el obispo de Jaén Ossorio, al señalar en unas sinodales firmadas el 24 de mayo de 1492 como ganado Jaén a los infieles el día de Santa Catalina, noticia que siguen después los cronistas eclesiásticos de dicho obispado.

Que Santa Catalina tuvo resonancia en esta conquista es innegable, San Fernando la erigió una capilla en la propia fortaleza de Jaén cuyo nombre extendió a la alcazaba, según el citado obispo Ossorio, el Rey estableció el patronato de esta Santa, ordenando hacer fiesta en su día. Su imagen años después figura destacada en la fachada de la Catedral. Rus Puerta y el jesuita Vilches, traen la piadosa leyenda de la aparición de esta Santa a San Fernando «revelándole que había de hacerse dueño de esta ciudad de Jaén en poco tiempo».

Al no poder confirmar la toma de Jaén en esta fecha, como a continuación veremos, hay que relacionar la misma, con la reunión de Martos en donde se trazaron los planes para el logro de la empresa.

Asistieron a tal junta todos los ricos-homes, menos el infante y en ella acordaron la toma de Jaén «que viniesen y ante bastida y que repartiesen sus ricos-homes e sus concejos que estoviesen atemorados sobre ella (Jaén) continuamente fasta que la oviesen». Del ejército reunido en Martos se hicieron dos huestes para alternarse en el cerco.



Las fechas de este cerco se sacan por las escrituras firmadas por el Rey: una dando la villa de Priego a la Orden de Calatrava en 31 de diciembre de 1245 «in exercitu prope Iahen», otra concediendo también a dicha Orden la villa y castillo de Alcaudete «cuando se ganase» y firmada igualmente a 31 de diciembre; otra de venta de los montes del Obispado de Toledo de dicha ciudad, fechada a 4 de enero de 1246; la carta puebla de Cartagena a 16 de enero del mismo año; el Fuero de Segura dado por el Maestre de Santiago a 21 de febrero y un privilegio del Rey a la misma Orden fechado el 25 del mismo mes.

Todos estos documentos están fechados «*In exercitu prope Iahen*». Después existe una carta del Rey mandando pagar al arzobispo de Toledo dos mil maravedies de las parias del rey de Granada en la que se firma «Facta carta *in Iahenno* rege exprimente ultimo die marcei, era M. C. C. L. XXXIV, quarta». (En Jaén 31 de marzo de 1246, miércoles) (95).

Y Manuel Ballesteros (96) concreta aún más la fecha de la entrada, entre el 23 y el 31 de marzo. No pudiendo ser antes del 23 porque hasta esa fecha no fue obispo de Córdoba D. Gutiérrez, el cual como tal obispo entró en la ciudad y purificó la Mezquita y el 31 como acabamos de ver se firma la albalá ya en Jaén.

Con lo expuesto se determina que el cerco fue desde finales de noviembre a marzo en su final.

En los primeros anales toledanos se dice «era de MCCLXXXIV (1246) el Rey don Fernando prisó Jahen mediados abril».

Florez (97) trae la crónica de Cardeña con la noticia «era de MCCLXXXIV en el mes de marzo prisó el rey Jaén e su hijo el infant don Alfonso» que según eso, ya había regresado de Murcia.

Argote no señala fecha, pero indica que fue antes del 5 de junio del 46, por un privilegio de la ciudad de Baeza dado el Concejo de Baños sobre términos, cuyo pergamino termina «facta carta el año que tomaron Jaén; cinco días andados de junio, era de 1284».

La toma de Jaén no fué fácil. La crónica general nos describe la ciudad como «Villa real, et de grant pueblo et de muy tenduda cerca et de muchas et buenas aguas et muy frías dentro de la Villa, et abondada de todos abondamientos que a noble et a rica villa conviene aver.

Et fué siempre villa de muy grant gerra, et muy recelada, et donde viene siempre mucho danno a cristianos et quantes enpeescimientos avien a ser».

Defiende a Jaén un alto cerro a cuyo resguardo está el poblado. Sobre dicho cerro existían dos castillos llamados el Viejo y el de Abeny, quizás este último se debiera a Abén-Hud y de lo de Abeny sea una corrupción de la palabra. Desde estos castillos bajaba la fortificación con muralla y torreones por la parte de medio día hacia la puerta de Granada, seguía luego por la calle del Portillo y Adarves hacia el campillo de San Antonio, donde están dos altos torreones octógonos, corría luego por la hoy calle del Arroyo de San Pedro y se dirigía al Campillejo de Cambil donde había una puerta defendida por torres de planta cuadrada; seguía por fin desde el Campillejo a la puerta de Martos donde torcía hacia el Norte a unirse con los castillos. Tenía seis puertas grandes.

Ar-Reud-al-Mitar nos la describe así: —«*Gaiyan (Jaén)*—Jaén se levanta en el flanco de una muy alta montaña. Su alcazaba se cuenta entre las fortalezas más conocidas como inexpugnables. Es villa muy favorecida con un territorio excelente. En el interior mismo de Jaén brotan fuentes de agua y así se ve un abundante manantial de agua dulce cubierto de una bóveda de albañilería que data de antigüedad, que se vierte en una gran fuente y que sirve para abastecer varios baños: el Hammam-at-tawr, que tiene una estatua de toro en mármol; el Hammam-al-walad que con el anterior pertenece al Gobierno; el Hammam-ben-As Salin; el Hammam ben Tarafa; el Hammam-ben-Ishac; el sobrante de cuyas aguas sirve para irrigar vastas extensiones de terreno. Entre las fuentes de Jaén también puede citarse la llamada Ain-al-Balat, que está recubierta de una sala abovedada de construcción antigua, cuyo caudal nunca disminuye, alimenta los baños conocidos con el nombre de Hammam-Husein y su sobrante también sirve para regar amplia extensión de terreno. Otra fuente de Jaén es la de Ain Satrun, cuya buena y abundante agua sirve para el riego de abundante terreno.

En Jaén las propiedades tienen en su puerta un molino de granos y tienen huertos junto al cuerpo de la vivienda.

La mezquita, aljama de Jaén, domina la villa y se sube a ella por escalones en sus cuatro frentes. Tiene cinco naves sostenidas por co-

lumnas de mármol y un gran patio rodeado de galerías cubiertas. Esta Mezquita fué construida por orden de Abderrahman II, ben-Alhakam, bajo la dirección de Maisará gobernador de Jaén a la sazón.

En el territorio de Jaén hay un monte cuyas gentes cuando venden alguna finca, estipulan que tal finca está situada en lugar colocado en el «rrecorrido de las nubes» (fi magras sahab) porque, en efecto, en dicho monte siempre hay nubes sea cual sea la dirección del viento y cuya particularidad permite al propietario pedir un alto precio por el terreno que vende.

La comarca de Jaén contiene gran cantidad de distritos con numerosos mercados foráneos semanales, siendo el más frecuentado el que se celebra cada... (en blanco en el original). Toda la comarca es de las mejores y se parece mucho a Elvira (Granada) en cuanto a fertilidad y riqueza del suelo, abundancia de cosechas y rendimiento de semillas. Su gazira (vega) hasta sobrepasa en fertilidad a la de Elvira.

Un dicho popular dice así: —«Habla de muchas ciudades, pero vive en Jaén»—. La ciudad tiene bajo su dependencia multitud de aldeas y pueblos prósperos y bastas explotaciones agrícolas» (98).

Decíamos que la conquista de Jaén no fué fácil dejándolo adivinar al dividirse las fuerzas en dos huestes para su relevo, con lo que indicaba largo asedio y penoso y más que en el asalto tratar de rendirla por hambre.

«Todo assi se hizo como lo ordenarón y pusieron su cerco sobre Iahen como el Rey mandó; en el cual cerco estovieron algunos días. Mas viendo el Rey que no se hazía su voluntad ni estavan en el cerco como él lo había mandado, fuese él mesmo en persona para Iahén, y allí estuvo en el cerco con muy fuerte tiempo de fríos y aguas, que era en medio del invierno». De estas penalidades del invierno también nos habla la «Estoria General»—«ocho meses duró aquel sitio. Facía muy fuerte tiempo de fríos e de grandes aguas: era en medio del invierno, e los fríos eran tales y las aguas tan afortunadas e la costa tan magna que las gentes se veían en grandes peligros; e perdíanse muchos e sufrieron muy gran lacería, en razón del fuerte tiempo, sin las otras afrentas grandes».

A más de ello, quien defendía Jaén era el bravo Omar-Abén-Muza; que desde que la conquistara Alhamar había sido un walí y uno de los mejores jefes militares con que contaba el rey de Granada.

Las privaciones del ejército sitiador, las penalidades de los elementos conjurados contra San Fernando y en favor de Alhama, y las muertes tanto de hombres como de caballerías que ocasionaba la guerra, tenían preocupado al Rey castellano; pues aunque su firme propósito era no levantar el cerco, no dejaba de medir el daño que ello le producía.

Sin embargo, cuando menos lo esperaba, un buen día Alhama, el propio Rey de Granada, con comitiva que le precaviese de riesgos, salió de Granada, con el pretexto, según Burriel, de registrar el campo de los cristianos, y se encaminó a Jaén. Y en llegando hasta la retaguardia del ejército castellano, destacó un mensajero para pedir al Rey Fernando audiencia, cosa que le fue concedida, así como el paso de su gente. Dejó Alhama atrás su guardia y avanzó «armado de punta en blanco» presentándose solo en las filas cristianas, tanto para que no se recelase de él, como dando una prueba de valor, confianza y serenidad.

Llegó a la tienda del Rey, que se levantaba, según la tradición en el sitio aún llamado Plaza de Armas, algo lejos de Jaén, al otro lado del río Guadalbullón y cerca del antiguo camino de Baeza (99). Confirma este lugar y no Mengibar como modernamente se ha escrito en la prensa de Jaén, el no haber documento alguno que afirme este último supuesto y la razón, según la crónica, de que el Rey mandó cercar Jaén, quedándose él en Martos y al no cumplirse lo ordenado «fuese el mismo en persona para Jaén y allí estuvo en el cerco, etc.» Si el Rey consideró lejos permanecer en Martos, más lejos está Mengibar para que lo tomase por asiento y entre estos dos puntos existen varios pueblos más cercanos, que más que al largo y mal comunicado Mengibar los hubiese elegido antes para su cuartel general.

Pero hay otra razón más poderosa y es la misma declaración en su crónica del anterior cerco al decir: «El Rey mandó poner las tiendas en el fousario (es decir, al pie del foso) y ante las murallas» y prosigue «y los concejos de Segovia, Avila y Cuéllar se aprestaron en la otra parte de la villa junto al camino que va a Granada».

Es lógico que si eligió este lugar en el anterior cerco, lo mantendría en el segundo.

Recibió San Fernando a Alhama con toda cordialidad y amabilidad. Argote así nos lo cuenta: «Vino (Alhama) a la tienda del Rey

y le besó la mano y se hizo su vasallo. Y el rey don Fernando viendo que este rey moro se venía a su merced, hubo de él piedad y recibiólo con mucha amistad. E hízole mucho bien, no queriéndole de él otra cosa, sino que quedase por su vasallo, con toda la tierra y se la tuviese como antes, con todo señorío; dándole cada año como tributo ciento cincuenta mil maravedíes y viniendo a sus Cortes cuando le llamase y que le diese la ciudad de Jaén, pues la tenía ganada. Y así fue capitulado por los reyes».

Por cierto que existe un manuscrito en la Biblioteca Nacional (100) que dice de esta entrega de Jaén, que no fue en completo dominio sino que «Alhamar se la dió con pleito homenaje que le hizo de volvérsela en cualquier tiempo que se la pidiese» y continúa: «Quando el rey Santo se vido cercano a la muerte, llamó a su hijo don Alonso y le dijo: —Yo tengo a Jaén con pleito homenaje que hice al Rey de Granada de se la volver quando me la pidiese; quiero que mi fe se guarde después de mi muerte, como yo la e guardado a todas las personas a quien la dí; Por tanto —dijo Fernando— que cada y cuando que el Rey de Granada te demandare Jaén, se lo des y ten para tí la fortaleza que labré y es mía».

El anónimo autor del manuscrito dice que toma lo anterior de Diego Pérez de Mesa «aunque cree que no es tan verosímil como el cerco y rendición».

Pedro Medina en «Grandezas y cosas notables de España (1566), copia, casi literalmente, lo anterior.

Y Ximénez Patón (101) añade que no sólo dijo esto, sino que lo dejó escrito San Fernando en su testamento» que yo he visto —afirma Patón— y leído en Sevilla».

Y Cazabán (102) remacha la noticia al decir «La paz hecha por los reyes de Castilla y Alhamar, no comprendió nunca la cesión de Jaén, sino al establecimiento de una guarnición cristiana».

Es muy difícil determinar este punto importante, pues el referido testamento de San Fernando, que dice haber visto y leído en Sevilla, Patón, si existió se ha perdido. Parece ser buena razón el ser plaza ofrecida y cedida por Alhamar y no rendida ni tomada por las armas.



Mariana (103) añade al pacto antes dicho, que las rentas concertadas de Granada se dividían en iguales partes «y que los mismos enemigos sean comunes entrambos, y también los amigos».

Y Lafuente «que quedaría obligado Alhamar a asistir al de Castilla con cierto número de caballeros (150 lanzas) cuando le llamase para alguna empresa (104)».

Concuerdan en lo de concurrir a las Cortes tomándolo de la Estoria General «et le viniese cada anno a Cortes». Sólo el comentarista de Burriel parece ponerlo en duda, por lo menos no tenerlo por comprobado.

Después de todo no es de sorprender tal obligación u honor. Según Lafuente Alcántara, Alhamar fué armado caballero por San Fernando por su ayuda a la conquista de Sevilla, eligiendo por blasón un escudo de plata con la banda diagonal bermeja (no azul con dragantes, como indica D. Modesto) con el lema «Wala ghalib iba Allah—Sólo Dios es vencedor—. Y en la nota que anteriormente copiamos de la fundación de Ciudad Real, vemos que a la par de la firma del Rey y de la Reina, va la firma de Alhamar.

Si fué armado caballero, como tal debía tener el privilegio y obligación que competía a todo caballero o rico-home, de la asistencia a las Cortes castellanas.

Ahora vamos a estudiar estas treguas y las razones que los autores dan a ellas.

La crónica señala que la razón de la presencia de Alhamar en la tienda de San Fernando fué debida «a que el rey don Fernando estaba sobre Jaén tan ahincadamente; no creyendo que se levantaría de sobre ella hasta que la tomase, según la tenía cercada. Assi mismo, viendo que los de dentro estaban tan fatigados de hambre y tan quebrantados que ya no se podían valer; que ni podían entrar uno ni salir otro, y que él (Alhamar) no las podía socorrer ni valer, ni les podía aprovechar en algo para quitar el cerco».

Pero aun siendo todo así, no fundamenta el acto de sumisión; «resolución ciertamente extraña» (105). Hubiérzse perdido Jaén, como Arjona se perdió, y las cosas hubieran seguido igual.

Con sumisión o sin ella, se daba por perdido Jaén, ¿a qué vino aquella?

Mariana y Jimena apuntan unas causas que a mi juicio, sino totales son bastantes. Dicen: «que en Granada se alborotó la parcialidad y bandería de los Oiximeles; gente poderosa. Corría aquel rey moro (Alhamar) peligro de perder la vida y el reino, y no encontró cosa segura, fuera de la ayuda de los cristianos» (106). Jimena copia las mismas palabras, y Burriel también trae el disgusto de los Oiximeles y su censura a los actos de Alhamar; ya por las consecuencias de la guerra, falta de frutos por las talas, ya por no haber salido a la contra en la correría que hizo el rey de Castilla el año anterior por la vega granadina; hecho que en aquellos días lo juzgaban los mismos críticos de tacto y prudencia. «Y aquel rey que fué tanto porque le subieron a mucho, llegó a temer que le precipitasen los mismos que le habían exaltado a la cumbre».

Y Montuno (107) cree, que el no acudir a socorrer Jaén, fue debido a que temiese que «en ausencia de Alhamar, los descontentos de Granada, se alzasen contra su autoridad, derrocándole; con lo cual ya no perdería la plaza, sino todo el reino».

El hecho es, que las treguas y sumisión son actos que acreditan las dotes de gobierno y diplomacia de Alhamar.

Este no podía desconocer que el ejército cristiano era lo suficientemente fuerte para ir poco a poco mermando su reino hasta su total conquista. La continua guerra hacía que la prosperidad y seguridad del mismo fuera imposible. Los años de su reinado puede decirse que no tuvieron momento de tranquilidad; más que rey y gobernante, fué guerrero. Además estas luchas ya pesaban sobre el pueblo, al que se le condenaba al tributo de sangre y hambre por las continuas algarradas y entradas enemigas, lo que daba pábulo para que pudiese en un momento estallar una sublevación contra él. Además, había otro enemigo declarado ayudado por los castellanos, como era el gobernante de Murcia, y los walis de Málaga y Jerez que no estaban tampoco muy a gusto.

Con estos antecedentes, fácil es explicar la necesidad de encontrar un buen pretexto para la paz. Y éste llegó con el cerco de Jaén.

Y el momento oportuno fué, precisamente, aquel en que no había sido conquistada y San Fernando encontraba serias dificultades para su toma, pesando en su ánimo, el recuerdo de los dos infructuosos cercos anteriores. El ofrecimiento de Jaén ya definitivo ya en precario,



era una salida inesperada y airosa para el Santo Rey, que a la par que ganaba una ciudad, con el ahorro de un asalto dudoso, se quitaba un enemigo de enmedio, se sumaba un aliado y con ello se le abría el camino para Sevilla. Y para Alhamar representaba la cesión de una ciudad en precario a cambio de la paz y el asegurar la estabilidad de su reino.

La guerra terminaba; y sin guerra podía atender al gobierno y bienestar de sus súbditos, y a la par fortificar de la mejor manera sus fronteras y castillos para otro día, y poder sujetar cualquier intento rebelde que se produjese en su campo.

Y el Rey castellano aceptó. Pericot (108), cree que este modo de obrar de San Fernando «era la dificultad de operar militarmente en el territorio de Granada, ante gentes puestas en desesperación, y la consolidación de las conquistas llevadas a efecto en Andalucía». Prieto Vives (109), hace la siguiente pregunta, después de asegurar, que «la sumisión de Alhamar fué un acto convenido. Lo que se convino fué la creación y delimitación del reino de Granada. ¿Y qué motivos pudo tener el rey de Castilla para esta creación? Dos: la dificultad de poblar tan gran extensión de terreno, abandonado por sus habitantes, y el problema de combatir siempre a los mismos enemigos, cada vez más concentrados y aguerridos. Añádese la circunstancia de que el futuro reino de Granada, con el macizo de Sierra Morena, forma una fortaleza natural, fácil de defender, y por último la poca salud del Rey y el deseo de dejar a su sucesor una situación de espera, hasta que se consolidase la ocupación del territorio conquistado». Continúa Vives, estimando que la resolución de San Fernando fué prudentísima.

No se debe especular con hechos no realizados y fundamentarse en lo que pudo ser y no fué; pero, sin embargo, aún a treque de caer en error, al parecer por los hechos posteriores, no creemos sea muy aventurado asegurar que el resultado de este pacto fué más beneficioso para Alhamar que para San Fernando. Con él se aseguró el Moro un reino y los castellanos retrasaron su conquista dos siglos, que tal vez sin las treguas hubiera sido más inmediata.

Fué un día de abril, cuando con todos los honores y a banderas desplegadas, hizo su entrada San Fernando con los suyos por las puertas abiertas de Jaén; mientras el aljati**b**, desde el alminar recitaba la última hutba que se decía en la perdida ciudad mora.

Pronto sobre los altos torreones de la Alcazaba clavarían la cruz y el pendón leonés-castellano y sobre las losas de mármol de la mezquita, una vez purificada y consagrada, diría la primera misa el obispo de Córdoba, don Gutierre (110).

Con todo pormenor describe este acontecimiento el P. Vilches en su libro «Santos y Santuarios de Jaén».

A la par por los vericuetos de la Sierra, bajo los rayos dorados de un sol de primavera, cabalga Alhamar, con su buen y valiente Omar-Abén-Muza, un lucido escuadrón de lanzas y cuantos quisieron irse con él a tierras granadinas.

He aquí cómo en poesía ponen en boca de los vencidos su postrer adiós.

«¡Adiós Geén, ciudad mía! ¡Adiós Geén!  
 ¡Por tí derramo mis lágrimas  
 como se dispersan las perlas!  
 ¡No es cierto que yo quisiera separarme de tí!  
 Y sin embargo así lo ha decidido  
 nuestra época cruel!»

Y Ben-Masud el Hasani así exclama:

«¡Oh Geén, tú eres la espada que separa una barrera,  
 y sin embargo, una ardiente sed me atrae a tí;  
 tú me recuerdas cuando sopla el Viento Norte y mis ojos  
 ven, como una aparición dibujarse tus contornos  
 Pero cuando quiero ir hacia ti el miedo que me causa el  
 cruel enemigo que te ocupa, me hace retroceder el camino!»

La crónica consigna que San Fernando, tomado Jaén, descansó en aquella ciudad ocho meses, ordenando su administración y reparando sus defensas. Sin embargo, el comentador de Burriel trae algunos documentos, en que ya el P. Florez reputa la fecha equivocada y por los cuales se quería probar que el Rey en mayo y junio de aquel año andaba ya por tierras sevillanas. Montuno Morente aporta reseña de documentos firmados por San Fernando en Jaén, en las fechas dos y once de abril y uno de julio (111) determinando la continuación en este tiempo en Jaén.

Después aparece un documento concediendo un privilegio a favor de la Catedral de Córdoba fechado en dicha ciudad el 15 de septiembre y en el 26 otra escritura y firmada en igual sitio dando a la Orden de Calatrava unas casas en Jaén «que fueron del alcaide moro Abentargoan».

Con lo que parece deducirse que en este septiembre comenzó su campaña contra tierras sevillanas. Pidió ayuda a Alhamar, él que se la prestó personalmente y con «quinientos caballos ligeros, los cuales fueron adelante». Talaron Carmona y pasaron a Alcalá de Guadaira; la cual al enterarse que era Alhamar el que venía contra ella se entregó sin resistencia, «esperando sus vecinos a las tropas fuera», entrega que Alhamar pasó a manos de San Fernando. En Alcalá se quedó en descanso el rey y allí dividió su ejército en dos huestes, dando el mando de una de ellas al infante don Alonso, su hermano, y al Maestre Pelayo Correa, y la otra a Alhamar acompañado del Maestre de Calatrava y del infante don Enrique, señaló como misión a los primeros que corriesen el Ajarafe de Sevilla y a los segundos el ir contra Jerez.

Recibió el Rey en Alcalá dos noticias casi simultáneas, la de la boda de su hijo don Alfonso y la triste de la muerte de su madre doña Berenguela (8-Novb. 1246).

Volvieron de sus correrías los capitanes y San Fernando dió orden de suspender la campaña, por tener el propósito de ir a Castilla. Despidió por ello a Alhamar, expresándole su agradecimiento por su lealtad y servicios prestados y dejándole en libertad para tornar a su reino. Y él se encamina a Castilla; deteniéndose en Córdoba. Donde comprendiendo que, desgraciadamente nada resuelve con su viaje, ya que cuando él llegue más que enterrada estaría doña Berenguela, y en cambio puede perder o peligrar lo conquistado, por no haber tenido tiempo de dejarlo bien asentado y defendido, desiste de su viaje a Burgos y se traslada a Jaén, a entrevistarse con su almirante Bonifaz, que a su mandato había bajado de Burgos.

Con él estudia el plan de campaña para la conquista de Sevilla, empleando el ejército de tierra y una flota que entraría por el Guadalquivir, para la cual se dieron instrucciones de que sin pérdida de tiempo habilitase Bonifaz naves y construyera las que fuesen precisas. Tras

ello volvió a Córdoba, donde hizo acudir a sus capitanes y Maestros de las Ordenes; volviendo a llamar a Alhamar, que se encontraba a la sazón en Granada principiando la construcción de la Alhambra.

Agrupado y reforzado su ejército y ya todo en punto lo envió por delante hacia Sevilla, alcanzándole él en Carmona.

Allí acudió también Alhamar y sus caballeros, el cual a más de cumplir lo pactado de ayuda a San Fernando, no le pesa la expedición; pues como andaluz, considera enemigos a aquellos africanos que al mando de Cid-Abu-Abdallah ocupaban Sevilla.

Los de Carmona al venir sobre ellos tan grande fuerza, pidieron treguas por seis meses y ofrecieron por el pronto cierto tributo, porque les dejasen libres. Don Fernando, que no pensó entretenerse en cercar tal villa, para no demorar la conquista de Sevilla, aceptó las treguas.

Avanzaron las tropas, consiguiendo Constantina, Lora y Alcolea. Pasaron las fuerzas el Guadalquivir con gran riesgo, por haberse engañado en su profundidad y teniendo que acudir a poner ramaje y otros ingenios para pasarlo. Igualmente conquistaron Castellana, Gexena y Alcalá del Río que el Rey fortificó y en ella adoleció algunos días de enfermedad.

Allí supo la victoria de Bonifaz derrotando a una armada morisca y su llegada feliz a la desembocadura del Guadalquivir.

Alhamar, pasando por bajo de Analfarache, se dirigió contra Triana.

Las luchas fueron duras y continuas, de una y otra parte. Los sevillanos intentaron destruir la armada cristiana apelando a mandar sobre ella una balsa llena de alquitrán al que prendieron fuego; ardid que fracasó.

Como cumplieron las treguas de Carmona, se entregó ésta a don Rodrigo Gonzalo Jirón, que lo tomó en nombre del Rey.

Siguió el sitio, consiguiendo la armada castellana romper el puente de barcas que comunicaba Sevilla con Triana. Acudieron más caballeros a la contienda, entre ellos el infante don Alfonso.

Apelaron los moros por dos veces a la traición, intentando atentar contra la vida de San Fernando y de don Alfonso. Y por fin, a los quince meses de asedio ofrecieron los sevillanos pactar la rendición.

Las condiciones ofrecidas fueron: entregar el Alcázar, y que se partiesen entre el rey cristiano y Axataf las rentas que pagaban a los miramamolines; que la ciudad se dividiera levantando un muro entre cristianos y moros y entregar la ciudad, siempre que se permitiese el derribo de la mezquita; sobre este particular dicen que contestó don Alfonso, por su padre —«que por un solo ladrillo que a la torre quitasen les pasaría a todos a cuchillo. También se pedía el permiso de salir de la ciudad los moros que así lo quisieran respetando sus vidas y haciendas.

Castilla contestó que no admitía tales condiciones, sino la entrega a discreción de la ciudad.

La necesidad hizo al fin que se firmasen las capitulaciones, que Alhamar procuró suavizar en lo posible, el 23 de noviembre de 1248, día de San Clemente a los quince meses y tres días de comenzado el asedio (112).

El 22 de diciembre se entronizó en la Mezquita a Nuestra Señora de los Reyes, llevándola en procesión devota, presidiéndola los Reyes.

Axataf entregó las llaves de la ciudad, así como los judíos de la aljama hicieron asimismo con las llaves del barrio en que moraban.

Concedió San Fernando el que en adelante se rigiese la ciudad por el fuero de Toledo.

Como premio al heroico y leal comportamiento de Alhamar, el Rey, en solemne ceremonia le armó caballero castellano dejándole el uso de su blasón de la banda diagonal bermeja y del lema árabe *Wa la ghalib ila Allah*.

Salieron de Sevilla trescientos mil moros, unos para Africa y el algarbe y otros para Granada bajo la protección de Alhamar, el cual en los finales del asedio y en la entrada de las tropas en Sevilla, sustituyendo los rigores de la ocupación, haciendo que se perdonasen la vida a muchos prisioneros y se respetasen a los ancianos, mujeres y niños, así como consiguiendo la libertad de bienes muebles a los vecinos.

Abén-Abid, señor de aquella ciudad, se fué con Alhamar a Granada; al cual hidalgamente le dió para que viviese ricos heredamientos en las torres que comprende la cerca alta de Granada.

Los historiadores consignan que Alhamar se despidió de San Fernando y «tornóse más triste que satisfecho de los triunfos de los cris-



tianos, que bien conocía que su engrandecimiento y prosperidad produciría al fin la ruina de los musulimes, y sólo se consolaba con la esperanza que su imaginación le ofrecía, de que tal vez tanto poder y grandeza mudando de señor se arruinaría y caería de su propio peso, confiando en que Dios no desampara a los suyos» (112).

Sigue San Fernando rindiendo a Sanlúcar, Rota, Jerez, Arcos, Lebrija, Cádiz y Puerto de Santa María y hasta piensa saltar al Africa a combatir allí a los marroquíes; pero penosa enfermedad le detiene en sus triunfos y sueños de grandeza y muere en Sevilla, como un verdadero santo que era, rodeado de sus hijos y de la Reina, el jueves 30 de mayo de 1252 a los 54 años de edad. «Fué soterrado el sábado» (113).

Mucho sintió Alhamar la muerte del Santo Rey, su gran amigo, compañero de armas y aliado y envió para el entierro y exequias a una nutrida representación de caballeros principales de Granada y a buen número de peones con cirios. Y no sólo lo hizo aquel día de la muerte, sino lo repitió todos los años, mientras vivió, según lo comentan Zúñiga en sus Anales y don Alfonso X en su Crónica. «Celebró (don Alfonso) a 30 de mayo de 1260 el aniversario de San Fernando, que ya aclamado santo, era más solemnidad de su gloria que plegaria de su descanso... Erigíase en la Iglesia, majestuoso túmulo. Concurrían los pueblos de la comarca con sus pendones que antes él abatían, que tenía más visos de romería que de funeral, trayendo algunos cirios tan grandes que ardían todo el día... Y el Rey de Granada Aben Alhamar, afectísimo al rey Santo en vida y gran honrador de su memoria en muerte, enviaba gran cantidad de moros principales y cien peones, con otros tantos cirios de cera blanca, que ponían en torno de la pira.

Eran los días de mayor concurso y regocijo que en aquellos tiempos tenía Sevilla».

El lunes 3 de junio de 1252, según el Calendario de alcaldes de Baeza, fué proclamado y reconocido su hijo don Alfonso como rey de Castilla y de León.

De cómo era don Alfonso, la historia le recarga, en algunos aspectos, con culpas que modernamente se ha demostrado que no tenía. Mariana nos da esta semblanza. «Tenía —dice— condición mansa, ánimo grande, más deseoso de gloria que de deleite. Era dado al sosiego de las letras y no ageno a los negocios, pero poco recatado y de



maravillosa inconstancia en su manera de proceder. Codicioso de allegar dinero, vicio que si no se mira bien causa muy graves daños, como entonces sucedió; que perdió las voluntades del pueblo y no supo ganar la de los grandes».

«Don Alonso rey de Castilla era persona de alto ingenio, pero poco recatado; sus orejas soberbias, su lengua desenfrenada. Más a propósito para las letras que para el gobierno de los vasallos, contemplaba el cielo y miraba las estrellas; mas él entretanto perdió la tierra y el reino».

Según la crónica de su reinado, el segundo año 1254 «el rey Alhamar, por haber la voluntad e amistad del rey don Alfonso más de cuanto avia, vino a él a Toledo. E al rey plógole mucho con su venida e fizole mucha honra, e el rey de Granada posó en la huerta del Rey, que es cerca de Toledo, e firmó con él pleitos e posturas que antes avian de consumo... E al rey de Granada libróla el Rey las cosas porque allí viniera, e partió del rey don Alfonso bien pagado e fuese a su tierra».

La mejoría, según Jimena, fué «hacerle suelta de la sexta parte de tributo que tenía costumbre de pagar; mirando en esto a los buenos y grandes servicios que había hecho y por despertallo para que de nuevo hiciese otros».

Y no se demoró en hacerlos, ayudando a don Alfonso, tanto en hombres como en dinero a dominar Jerez, Arcos, Medina Sidonia y Lebrija; que por no haber quedado bien sujetos cuando fueron tomados por San Fernando, habíanse sacudido el dominio de Castilla.

Y a los tres años de esto, volvió a ayudar a don Alfonso, en la ofensiva contra los almohades de algarbe y conquista de Niebla (1257); aportando a ella las tribus de Málaga, hasta su toma a los nueve meses de sitio (114).

Sin embargo, don Alfonso no era don Fernando; y la amistad, fidelidad y reconocimiento mutuo que se guardaron Alhamar y el Santo Rey, no pasaba en este reinado de estar sólo en el papel y no en las voluntades. Ni don Alfonso se fiaba de Alhamar, ni Alhamar de don Alfonso, y ambos procuraban espiarse y prepararse para el momento de romper las paces, aunque aparentemente se guardasen de manifestarlo.

El rey de Granada recorrió sus estados, permaneciendo algunos días en Guadix, Málaga, Tarifa y Algeciras; reparó los muros de Gibraltar, y estando en esta (1261), le visitaron los moros de Jerez, Arcos, Medina Sidonia y Murcia y le ofrecieron reconocerle como rey si les ayudaba contra don Alfonso. No les dió contestación inmediata Alhamar, sino que la aplazó, hasta consultar con su gobierno y darla desde Granada. Algunos escritores afirman que la consulta fue favorable a la ayuda y hasta señalan el plan de campaña. Sin embargo, el hecho cierto es que Murcia, Jerez y Lebrija se sublevaron, con verdad o mentira de que eran ayudados por Alhamar, sin que Alhamar interviniera; de tal suerte que, para dominar a esta sublevación, don Alfonso pide ayuda a éste. No satisface, no obstante, la contestación dada por Alhamar a don Alfonso, y considerándole desde este punto enemigo, irrumpe en sus tierras assolándolas.

Alhamar pide ayuda a Marruecos que le envía mil zenetes, y con ellos da una batalla a la vista de Alcalá la Real, quedando victorioso y dueño del campo.

La crónica del Rey sabio, refiere este suceso de la siguiente forma: «En el onceno año del reynado deste rey don Alfonso, que fué la era de mill e trescientos un años, andaba el año de la nascencia de Jesu-Cristo en mill e doscientos e sesenta e tres, este rey don Alfonso aviendo la guerra tanto afincada con los moros e seyendo con él todos los infantes e los ricos-homes e los caballeros e los concejos por que avia enviado, ovo su acuerdo en cual manera faria guerra a los moros. E todos le aconsejaron que fuese luego a talar la tierra del rey de Granada e que le ficiese el mayor daño que pudiese. E salió luego el Rey, de Sevilla, con todas estas compañías, e fué a Córdoba, e dende entró en tierra de moros e llegó a Alcalá de Benzayde. E dende fué por tierra de moros talándoles e quemándoles e haciendo mucho mal y daño... E el rey de Granada facía guerra, lo más fuerte que podía, a los cristianos... Y veyendo este el gran afincamiento de la guerra, envió a rogar a Abén-Yusaf que le enviase alguna gente en su ayuda, e envióle mil caballeros, e vino por cabdillo desllos un moro que era tuerto de un ojo... Dicen que estos fueron los primeros caballeros ginetes que propasaron aquén la mar, después que el Miramamolín fue vencido».

(Continuará)

## NOTAS

- (1) Argote de Molina. "Nobleza de Andalucía".
- (2) Lafuente Alcántara. "Historia de Granada". Conde. "Dominación árabe". Mármol, "Descripción de Africa".
- (3) Al-Kattib en Casiri, "Reyes de Granada".
- (4) Otros autores árabes, Al-Hasan Alchozami, sólo señala que el nacimiento fué a finales del año 591 (correspondiente al 15 de diciembre 1194 al 15 diciembre 1195).
- (5) Almendros Aguilar y Jiménez Serrano. "El valor recompensado o la toma de Jaén".
- (6) Alchozami. Manuscrito árabe del Escorial núm. 1653.
- (7) Abnul Jathib. "Explendor de la luna llena, concerniente a la Dinastía Nasrita". Bib. Escorial.
- (8) Al-hasan Alchozami. "Libro del recreo de la inteligencia y de los ojos".
- (9) Crónica del Santo Rey don Fernando III.
- (10) Crónica de Alfonso el Sabio.
- (11) Argote de Molina. "Nobleza de Andalucía".
- (12) Jimena Jurado. "Anales de la Villa de Arjona".
- (13) Flórez E. "España Sagrada", tomo XII.
- (14) Simonet. "Descripción del Reino de Granada".
- (15) M. Burriel. "Memorias para la vida de San Fernando III".
- (16) Mármol. "Hist. ecca de Granada".
- (17) González Dávila. "Teatro eclesiástico".
- (18) Picatoste. "Guía oficial de Jaén".
- (19) Espinalt. "Atlante español".
- (20) Lafuente Modesto. "Hist. de Esp."
- (21) Wáshington Irving. "Cuentos de la Alhambra".
- (22) García Gómez. "Los reinos de Taifas".
- (23) Lafuente Alcántara. "Hist. de Granada".
- (24) Lafuente Alcántara E. "Inscripciones árabes de Granada".
- (25) Góngora. "Historia general de España".
- (26) Gayangos. "The history of tte Mohammedan Dinasties in Spain".
- (27) Pi y Margall. "España" (Granada).
- (28) Ballesteros. "Hist. de España".
- (29) Dicc. Hispano-Americano.
- (30) Dicc. "Espasa".
- (31) Pericot. "Hist. de Esp."
- (32) Alchozomi (ms árabes Escorial núms. 1653-1648 de Casiri).

- (33) Contreras. "Monumentos árabes. Inscripción de la Sala de Comares".
- (34) Manuscrito de la Bib. Nac. núm. 6184. "Los Santos de Arjona", por S. Morales, y "El hospital de San Miguel", del mismo autor.
- (35) Memorial.
- (36) Archivo Municipal de Arjona y "El hospital de S. Miguel".
- (37) Archivo Municipal y Jimena Jurado. "Anales de la villa de Arjona".
- (38) En un romance probablemente del tiempo de Alfonso XI, se lee: "En Arjona estaba el Duque — y el buen Rey en Gibraltar — envíele un mensajero — que le viniese a hablar...—"
- (39) Casiri, Gayangos, E. Lafuente Alcántara.
- (40) "Rebus hisp.".
- (41) Modesto Lafuente. "Historia de España".
- (42) Lo trae Guillén Robles en "Málaga Musulmana".
- (43) Según unos, el sobrenombre es debido a proceder de una esclava cristiana, llamada Lola, y otros, al diminutivo de Esquila: aunque parece la más lógica deducción que Escallola sería corrupción cristiana del cognomen árabe de la estirpe.
- (44) Al-Hásan Alchozami. ms. núm. 1653.
- (45) Wáshington Irving. "Cuentos de la Alhambra".
- (46) Lafuente Alcántara. "H. de Granada".
- (47) Mármol. "H. ecc. de Granada".
- (48) Góngora. "H. general de España".
- (49) Mariana. "H. de España".
- (50) Lafuente, Modesto. "H. de España".
- (51) Conde, José Antonio. "H. de la dominación de los árabes en España".
- (52) Pi y Margall. España (Granada).
- (53) Khattib. Traduc. de Cassiri.
- (54) "Descripción de Africa".
- (55) "Relación del viaje de Felipe el Hermoso".
- (56) "Guía de Granada".
- (57) "H. de la rebelión de los Moriscos".
- (58) R. Chica. "Gacetilla de Granada del 28 de marzo de 1764".
- (59) "H. de la Pintura española".
- (60) "H. del Arte hispánico".
- (61) "Summa Artis".
- (62) Bolt. del Centro Artístico.
- (63) "Guía de Granada".
- (64) "Monumentos árabes".
- (65) Bolt. del Centro Artístico.
- (66) Que los moros y judíos pintaron y hasta imágenes de Cristo y la Virgen, lo prueba la cédula real de Isabel I encargando se persiga a aquellos "por tan gran impiedad".
- (67) Alchozami.
- (68) "Málaga musulmana".
- (69) "History of the Mohamedan dinasties".
- (70) Ebn Jaldun. "H. de España".
- (71) Ibn-l-Khattib.

- (72) Abul-Hasan Alchozomi. "Crónica escurialense". Mariana. "H. de España". Simonet. "Descripción del reino de Granada".
- (73) Prieto Vives. "Formación del reino de Granada".
- (74) No Baeza, como algún historiador escribe.
- (75) Aunque no creo pueda existir confusión, no está de más advertir que antes de Alhamar (Mohammed I), existió otro Mohammed I, emir independiente de Córdoba y en Córdoba nacido (822-886), al que se debe la construcción de la Almudena de Madrid y hasta la fundación de esta ciudad, según Lévy Provençal, Tormo, Oliver, Asín y Sáinz de Robles.
- (76) Madrazo P. "España" (Sevilla y Cádiz).
- (77) "Rincones de la historia. Siglos VIII al XIII".
- (78) Tal vez ello nos haga comprender lo que años después un D. Alfonso X ordene matar a su propio hermano D. Fadrique por el sólo delito de amparar los derechos de primogenitura de su propio nieto, hijo del fallecido príncipe D. Fernando contra los derechos a la corona del segundón D. Sancho.
- (79) Véase Coloma L. "Historias varias. (Fabla de dueñas)".
- (79) bis. H. de España. H. de Granada.
- (80) Crónica del Santo Rey. Crónica de D. Alfonso X. Crónica del Arzobispo D. Rodrigo.
- (80) bis. Primero del año 635.
- (81) E. Lafuente Alcántara. "Inscripciones árabes".
- (82) Prieto Vives. Discurso leído en la R. A. de la H.
- (83) "Anales de Arjona".
- (84) Burriel. "Vida del Santo Rey".
- (85) Argote de Molina. Nobleza de Andalucía.
- (86) El nombre de la Condesa era Irene Mencía López.
- (86) bis. Burriel. En la obra tantas veces citada.
- (87) Anales de la Villa de Arjona.
- (88) Parece que la dicha historia es la manuscrita de Ambrosio Montesino. ms. Bib. de la A. de la H.
- (89) "Bocetos históricos".
- (90) Actual recinto del Parque extendido hasta la calle del Castillo y paseo de San Martín.
- (91) Argote de Molina.
- (92) Crónicas de S. Fernando y de D. Alfonso X.
- (93) La lista de estos caballeros la trae Jimena en sus "Anales de la Villa", la que aparece en la H. de Arjona de Juan González adolece de muchas erratas, así como está errada la fecha de la toma de Arjona.
- (94) J. González y González. "Hispania", núm. 25.
- (95) Archivo de la Catedral de Toledo. X. 2, M. 11. orig. perg. 100 x 150 mms. Jaén/1246/III/31-2.<sup>a</sup> (lo publica también M. M. Rodríguez y "Paisaje" (Jaén), núm. 115).
- (96) "La conquista de Jaén..."
- (97) "España Sagrada", tomo XXI.
- (98) "Ar-Rawd-al-Mitar", del Himyari según traducción de E. Levi Provençal, reproducido por González López (Boletín Estudios Giennenses) y por Mendizábal Allende ("Paisaje", Jaén).

- (99) "Don Lope de Sosa". Revista de Jaén.
- (100) "Jaén", ms. Bib. Nacional, sig. 178.
- (101) "Historia de la antigua nobleza de Jaén".
- (102) "El reino de Jaén y San Fernando".
- (103) H. de Esp.
- (104) H. de Esp. y H. de Granada.
- (105) Conde, José Antonio. "H. de la dominación de los árabes".
- (106) Mariana. "H. de España".
- (107) La conquista de Jaén por Fernando III ("Paisaje").
- (108) "H. de Esp."
- (109) "Formación del Reino de Granada".
- (110) Tres opiniones hay sobre el lugar de esta misa, la mayoría se inclinan por el sitio que hoy ocupa la catedral, otros en el lugar del arco de San Lorenzo y otros en el castillo de Jaén. (Cazabán).
- (111) La conquista de Jaén por San Fernando. ("Paisaje" núm. 101).
- (112) Madrazo, Pedro. "España" (Sevilla). Lafuente, Modesto. "H. de Esp.". Lafuente Alcántara, disiente de la duración del cerco, poniéndole en catorce meses y dieciocho días. Mármol señala la entrada del Rey "a diez días del mes de diciembre, acompañado de Mohammed Abu-Said, rey de Granada".
- (112) Crónica del Santo Rey. Conde, "H. de la dom. de los árabes".
- (113) Calendario de los Alcaldes de Baeza.
- (114) Según Conde, parece que en esta ciudad emplearon los moros la pólvora "tiros de trueno con fuego" por primera vez.